

FOTOCOPIAS DONADAS POR ANGEL GONZÁLEZ ARAÚZO.

16 de enero del 2001.

1

# “Que te Quemamos!”

Por JOSE MORENO VILLA

Si pensamos que los juegos remedian trabajos y preocupaciones serias de los hombres no nos sorprenderá que ese juego de “¿Que te quemamos?” lo considere yo ahora como sutil parodia de la actividad del escritor; como forma divertida de lo que en el hombre es actividad dramática y aun trágica.

Porque... ¿en qué consiste dicho juego? En buscar, privado de la vista con una venda, lo escondido, lo oculto, siendo orientado por una voz que nos va diciendo con solo cuatro vocablos si estamos lejos del objeto, si nos aproximamos, si estamos muy cerca o si ya es inminente el hallazgo. Las cuatro palabras mágicas son estas: “Frio”, “Templado”, “Caliente”, “¿Que te quemamos!”

Aunque parezca obvio subrayar el paralelismo entre este juego y el trabajo del pensador o del escritor voy a enunciar los cuatro elementos que rigen en ambas actividades: el sujeto que busca, el objeto buscado, la voz que orienta, y el coro que disfruta con el titubeo, los pasos en falso, las aproximacio-

nes y aciertos de quien va tanteando.

De estos cuatro elementos, dos son los que nos pueden interesar principalmente: el de la voz que orienta y el del objeto buscado. El primero, por ser el que imprime originalidad al juego; el segundo, por ser el que dramatiza la actividad del escritor.

La voz que orienta en el juego equivale en la obra creativa a la voz de la conciencia, al sentido artístico. Pero, el buscador en el juego oye esa voz fuera de sí; diríamos que su conciencia se ha desplazado y opera desde otro cuerpo. Y, como se trata de un juego, ese cuerpo que encarna la conciencia del buscador es de una niña o un niño. Cuerpo inocente que, por paradoja, posee el secreto, tiene absoluta conciencia o conocimiento del sitio donde se oculta lo buscado y de cómo es este objeto. Por esto puede decir con absoluta seguridad y entre risas o muecas de excitación: “¡Frio, frio, como el agua del río!” o bien, “¿Que te quemamos!”, “¿que te achicharras!”

¿Qué cómodo sería para el escritor el tener a su lado un alma —aunque fuese de pajarito— que le confirmase en el acierto del paso dado y en lo erróneo de la ruta emprendida!

Justo aquí, justo en esta diferencia comenzamos a ver lo que hay de dramático en la tarea del pensador. Porque, este, camina solo, sin voz exterior que le guie, y su voz interior no le asegura nada; le empuja con cautela apoyándose en borrosos datos que le suministran la experiencia o la intuición. Nuestra conciencia es algo más que ciencia, pero sólo algo más. No es nunca clarividencia, como en el niño que juega y lleva la voz orientadora.

A esta circunstancia, verdaderamente angustiada, se agrega todavía el no saber cómo es el objeto, qué forma tiene. Porque en la creación del artista o del pensador lo importante es dar con la forma expresiva. Dar con ella, encontrarla. El no sabe de antemano cómo es. Más aun, esa forma no existe, tiene que crearse. De modo que camina en busca de una cosa que no existirá hasta que él mismo dé con ella.

¿Cabe más dramatismo, más incertidumbre?

Volvamos al juego, a ese juego que

me parece la parodia más sutil que cabe del drama del escritor o pensador. Tenemos que volver a él para acentuar la diferencia del objeto escondido y del objeto ignorado.

El objeto escondido es una cosa material: un anillo, un pañuelo. Algo que se toca, algo palpable. Mientras que el objeto ignorado e increado es y será impalpable toda la vida. Es puro espíritu; cosa que, si se capta y se fija se deberá a que las palabras lo absorben y queda preso en ellas. Sólo así sabremos de él: por la forma verbal en que queda prisionero.

## EL FAVORITISMO Y LA CRUELDAD EN EL JUEGO DE LA PIÑATA

En “La Piñata” el héroe va también con los ojos vendados. Pero es un juego menos fino, menos sutil. No le ofrece al ciego la posibilidad de orientarse; el coro procura lo contrario, desorientarlo.

De aquí que el héroe sea visto desde el principio con sarcasmo. Podemos asegurar que si acierta es por el favoritismo de algún concurrente, pues las circunstancias le son completamente adversas. Se lo ha vendado, se lo ha puesto un garrote en las manos y se lo ha hecho girar un par de veces para que olvide la situación y la altura a que está el bulto de los regalos.

El héroe queda en el ruedo con menos posibilidad de triunfo que un toro de lidia. Muchas veces descarga su golpe sobre el lugar preciso donde estuvo la Piñata, pero, en vano, porque la crueldad humana la subió, tirando de la cuerda. Lo importante no es que acierte, sino que yerre, para regocijo del público. Este no goza más que con los golpes erróneos del ciego.

¿A qué trabajo, a qué actividad sería del hombre puede parecerse este juego?

.. Mi memoria no lo relaciona con ningún trabajo ni actividad. Sin embargo, creo que responde a un instinto humano eterno y universal. Nos gusta ver al prójimo en ridículo, sumido en la impotencia, dando palos de ciego en el vacío.

Si en el juego anterior era lo característico la voz orientadora, en este es el coro desorientador, es la masa que se desternilla de risa viendo la inutilidad y lo grotesco del esfuerzo.

# La Gallina Ciega

Por JOSE MORAN VILLA

Este es otro de los juegos infantiles en que se venda al héroe, o lo que es igual, en que se divierte el público con la ceguera. Son éstos los que más me interesan, por su patetismo.

Como en el de la Piñata, el ciego eventual queda solo e inválido —quiero decir reducido de facultades— en medio del ruedo. Sus manos se extienden paralelas en el vacío. Avanza con precaución. Le alienta la esperanza de poder reconocer a cualquiera de los corales tocando sus tacciones, sus formas o la calidad de sus vestidos. En el momento de perder la visión estaba Juanita —una niña— frente a él, y tenía sobre su cabellera ondulada y fosca un gran lazo rojo. Al quedar ciego, avanzó cautelosamente hacia Juanita. Pero, como la rueda de niños comenzó a girar, saltar y gritar, nuestro personaje no tiene ya delante a la que creía. Sus manos hacen parar el movimiento de la rueda al tocar a uno de sus componentes. Sus manos palpan una cabeza pelona de niño. ¿Tendrá nuestro héroe tanta memoria como para recordar los detalles específicos de todos y cada uno de sus amiguitos? ¿Quién llevaba pantalones cortos y de drill? ¿Quién llevaba chaqueta de cinturón? ¿Quién olía a caramelos de menta?

Dicen que es el tacto el que debe decidir, pero nuestro personaje nota que el sentido del olfato se despierta en él con una misteriosa fuerza canina. Y se echa a recorrer, tocando y oliendo, la fila circular. De repente se para delante de una figurilla y dice: "Pablitos".

Y es que los niños llevan muy marcado el olor del medio en que viven; mucho más que sus mayores. Pablitos era en efecto, Pablitos. Una gritaría de júbilo celebra el acierto. Y Pablitos pasa al centro de la rueda, convertido en víctima o en héroe, que para el caso es lo mismo.

¿Qué trasciende de este juego?

En primer lugar podemos decir que se trata de un juego más fino que el de la Piñata porque puede regirse por dos sentidos: el del tacto y el del olfato. Quién sabe si también por el oído. Porque bien puede escapársele un grito o una risa a alguien, y delatarlo.

Pero no es la mayor o menor finura del juego lo que nos interesa ahora, sino su relación con el trabajo, con la fatiga humana.

Yo no sé si ustedes han visto los millones de "gallinas ciegas" que extienden patéticamente sus alas en los cafés, en los salones, en los restaurantes y hasta en los confesonarios y antecámaras de los ministros.

Gallinas ciegas que a veces aciertan por el tacto, y a veces por el olfato.

Gallinas que van en busca de la persona adecuada para venderle un cuadro, para proponerle un negocio, y, ¿por qué no decirlo?, para pedirle una miseria que le salve del apuro.

No es mi intención ofender a estas personas llamándolas gallinas. Esto viene obligado por el juego. Ellas son personas dignas, que HACEN LA LUCHA. Y salen de sus casas completamente a ciegas, guiadas a lo sumo por el instinto. Luego, ante fulano o Zutano, les brotará el olfato, se les afilará la nariz e irán alargando ese tentáculo de la pregunta que tanto puede reportarle en conocimiento del prójimo y en seguridad para el ataque.

(Sigue)

(continuación de "La gallina ciega")

Casi nadie está limpio de haber hecho "la gallina ciega" en un momento de su vida. En un momento aciago o en un momento de ceguera. Las fatigas, los trabajos, las cuitas del hombre compensan con creces las posturas y ademanes ridículos que a veces tiene que ejecutar.

#### ¿DONDE SUENA, QUIEN LA LLEVA?

Ahora son ciegos todos los niños jugadores, menos uno, el cual lleva una campanilla y se cambia de sitio a cada vez que la suena.

La multitud vendada ofrece un espectáculo enternecedor. Todas las cabecitas adoptan la postura descarada del ciego, como si levantando la barbilla se consiguiera ver más.

El único vidente, el de la campanilla, corre de un lado a otro, tañéndola de tiempo en tiempo y riendo siempre. Los cieguitos se atropellan. Hay un verdadero barullo. No todos saben orientarse por el sonido. Y el escurridizo campanillero ya está sacudiendo la campanilla en otro sitio. Crece la confusión, pero no falta un cieguito de buen oír que localiza al del sonido y le atrapa rápidamente. Su triunfo le vale la campanilla, mientras el campanillero se sumerge en la ceguera.

¿No han oído decir de un hombre desconcertado: "Oye campanas y no sabe dónde"? Este ser desconcertado se puso a hablar de algo que apenas conocía; sus palabras son imprecisas y hasta despistadas. No sabe realmente dónde suena la campana. La gente se ríe. Está como un niño vendado jugando al tilín.

Pero hay otros seres, desconcertados también, que sufren no por hablar de lo que desconocen, sino por meterse a la refriega de la vida sin sentido de la orientación, ciegos y sin oído. Y el serio juego de la vida los sacude y embrolla hasta la desesperación.

Yo no trato de registrar aquí todos los juegos infantiles de ojos vendados; me basta con señalar unos cuantos para llegar a la conclusión de que en ellos se hace o convierte en comedia lo que en la existencia del hombre es altamente dramático: la falta de vista, la ceguera, el no saber orientarse.

# Trabajos de Ayer y de hoy

Por JOSE MORENO VILLA

Los trabajos y los juegos se han centuplicado a lo largo de este siglo, pero, disparejamente. Hay más trabajos nuevos que juegos nuevos.

El campesino recluido en su choza o en su aldea por toda la vida, no puede ni sospechar el cúmulo de trabajos distintos que encierra un gran almacén moderno de las grandes ciudades. Los productos de las variadísimas industrias necesitan catálogos y catálogos para ser conocidos. Pensemos en unos cuantos para avivar la imaginación y recibir la descarga de la realidad. Pensemos en los focos eléctricos, en los fonógrafos, en las estilográficas, en las cuchillas de afeitar, en los aparatos de radio, en los automóviles, en las petacas, en los tractores, en los estuches y objetos de tocador, en los encendedores, en los radiadores, en las cocinitas, en las conservas, en las telas estampadas, en los productos plásticos...

Cuántas industrias y cuántos trabajos nuevos... Máquinas para infinitas cosas: para lavar, para sacar dinero, para sacar una merendilla, para sacar una toalla de papel, para secarse las manos con aire caliente, para afeitarse en seco, para ondular el cabello (especie de mitra faraónica), para volar, para ametrallar, para navegar sin remos, velas ni vapor, para divertirse en las ferias, para jugar, en fin.

¿Se da uno cuenta de los variadísimos trabajos que representan estas cuantas cosas citadas al correr de la máquina de escribir?

Trabajos de millones de hombres que se han especializado en hacer tornillos, en doblar unos cartones, en pegar unos papeles, en soldar unas piezas. Y detrás de todos esos trabajos, trabajadores que dibujan y proyectan; y detrás, gente que imagina, discurre e inventa.

Inventar... crear cosas, esta es la estrella polar del hombre. Es cierto que nunca se ha inventado tanto como en los dos últimos siglos, pero tan creador o inventor fue quien concibió la rueda como Edison. Y sin el invento de la rueda, Edison no hubiera podido hacer su cilindro de cera, primera forma captadora de la voz y del sonido en general, transformado luego en disco, que también es rueda.

Sí; la estrella del hombre es crear, y proseguir sobre lo creado. El tema se presta a innumerables desviaciones, entre las cuales estaría la de si hay razas privilegiadas para esto de la invención y de la creación. Hay quienes ven en la judía este privilegio. Por mí, puedo afirmar que los mejores químicos de mi tiempo, en Alemania, eran judíos. Por otra parte, es indudable que mi tierra de nacimiento, España, recibió de los judíos mucha sangre, y sin embargo, España no se distingue por la abundancia de inventores en este certamen o competencia de inventos internacional de última hora. ¿Es que los inventores son de raza pura? ¡Ay, Hitler! Por algo viniste abajo. Por obcecado, por unilateral e impío, por no ser padre, por no vivir para crear, siendo esta la estrella del hombre.

Miro mi máquina de escribir y en ella veo

lo que tiene de juguete y lo que tiene de trabajo. Mi pequenuelo, cada vez que oye el tecleo, acude con ansia de teclear también, de meter manos aquí, de jugar con este juguete. El no ve la otra parte, la del trabajo. Y yo quisiera explicarle lo siguiente: estas teclas fueron hechas por dos manos aplicadas a otras máquinas; y cada vez que oprimo una de ellas se levanta una palanquita, que también fue hecha por otra mano; y la palanquita golpea en una cinta, que también fue hecha por otra mano; y el golpe mancha el papel, que también es de otra mano; y el papel se mantiene porque hay un rodillo debajo, el cual es obra de otra mano. Fíjate, hijo, en que la maquinita o juguete se compone de muchas otras piezas, como son las ruedas dentadas, los sujetadores del papel, los resortes para el carro y muchas cuyos nombres técnicos desconozco. Pues bien, cada cosa es producto de un trabajador, es trabajo moderno.

Si ahora volvemos los ojos al pasado, o al presente rural y campesino, ¿qué notaremos? De-deluego una perfecta paz. Las actividades son muy limitadas; se reducen a sembrar, cavar, arar, segar, talar, trillar, agavillar, aventar, moler, pisar, etc. Y, cada una de estas faenas, en su época, con el ritmo lento que la naturaleza impone. Y en la aldea, junto a los trabajos del labriego no habrá más actividades que la del cura, el alcalde o presidente municipal, el médico y otros menores funcionarios.

Muchas veces ha pensado uno en cómo sería la vida de Toledo en tiempos de Carlos V. Los historiadores hablan de la actividad febril de ciudades como ella porque había diez molinos, una fábrica de espadas, unos curtidores y unos fabricantes de mantas. Añadiremos que por sus callejuelas transitaban soldados, abades, tapadas, literatos y artistas, artesanos, mozas de cántaro, literas, burros y acémilas. ¿Qué es todo esto? Paz, divina paz desde el punto de vista del trabajo y actividad modernos. Paz que ha sobrevivido hasta mediados del siglo XIX.

Los trabajos de ayer son bucólicos al lado de los modernos. No hay más que relacionar al chofer con el cochero; y pensar en el número de autos que hay hoy en cualquier parte y en el número de coches que había hace un siglo en ciudades como México.

Pero, no todo ha de ser reconfortante al comparar. Entre los trabajos modernos hay algunos que parecen condenas. Yo así veo, por ejemplo, el del ascensorista o mecánico del elevador, el del empelado que conecta los teléfonos, y el de los conservadores de los retretes públicos. ¡Qué trabajos tan sombríos, tan enquistados! Cuánto mejor ha de sentirse allá, en un pueblecito, el encargado de repartir el agua de riego. En las mañanas o en las tardes, yo le veía pasar lento y bebiendo los aires puros, al hombro la azada con que vuelve las tornas, el pecho sacado y los ojos brillantes, sin esa fatiga que asoma a tantos rostros de nuestros trabajadores urbanos.

$$E = \frac{1}{2} a \times t^2$$

A una niña de 14 años, que yo conozco bastante bien, le exigen en la escuela, en su clase de física, que se aprenda esta ley del movimiento uniformemente variado:

e igual a medio a por t elevado al cuadrado, o sea, el espacio es igual a la mitad de la aceleración por el cuadrado del tiempo.

El caso es que ella había comprendido la fórmula que precedía, la del movimiento uniforme: e igual a v por t. Le había costado un esfuerzo grande, tal vez más de un cuarto de hora de trabajo; pero con la siguiente no podía.

Y yo pensaba: ¿Es justo, o siquiera racional, que se impongan trabajos tan impropios a criaturas que están ahora solicitadas por los juegos o por esos alados atractivos de la pubertad que tanto alteran en LA HORA DE LA PUNZADA?

¿Para qué ha de servirles a estas mujeres de mañana el saber que hay movimientos uniformemente acelerados, uniformemente retardados, y movimientos variados, que se escriben con misteriosas letras, signos de igualdad y numeritos empingorotados o quebrados?

¿Para qué si ellas saben mejor que los físicos lo que valen los movimientos, su función y hasta su deleite inconmensurable?

Que le propongan tales estudios a una sevillana del montón; responderá que ella sabe todas las fórmulas, empezando por la del CONTONEO, al andar.

No; ahora, en serio. Lo positivo es que nadie se preocupa de hacer un programa mínimo, aproximadamente justo, de lo que deben aprender las mujeres. Para no resultar analfabetas en el trato social, para tener una conversación amena e incluso interesante, y para educar bien a sus hijos, les sale sobrando la fórmula e igual a medio a por t elevado al cuadrado.

No es que yo proponga que se queden para siempre en los rudimentos, pero sí en poco más. Porque, la mayoría, después de tragarse todas las fórmulas y nociones obligatorias hoy, las eliminan por sobrantes y acaban no sabiendo si Malaca está en Andalucía y Málaga en la India.

¿Qué bueno sería que a los catorce años supiéramos de verdad los rudimentos de las ciencias, de la historia y de las letras! Precisamente por el empeño absurdo de embutirnos más y más conocimientos, acabamos por olvidar lo elemental. Y así encuentra uno monstruos en la vida que conocen los arroyuelos de una región y no saben a qué países corresponden el Danubio, el Támesis, el Tajo y el Nilo. Monstruos que conocen los nombres de las estrellas cinematográficas e ignoran los de aquellos hombres que fueron formando su patria a lo largo del tiempo, con su sangre, su pensamiento, su tacto, su arte.

Me parece una estupidez machacar con el martillo pilón de las abstracciones las inteligencias verdecidas o tiernas. Ante ciertas anterioridades de las ciencias debería pararse el profesor y declarar paladinamente: "queridos alumnos, estamos manejando convencionalismos puros, que, al fin de cuentas, son misteriosos para todos. Con ellos creemos avanzar, sentimos y comprobamos que el proceso no se detiene, pero ignoramos la largura del camino y cómo será la meta".

Y vuelvo a preguntarme: ¿para qué se le exige a esta niña de 14 años la fórmula del movimiento variado? Bueno está que sepa en qué consiste tal movimiento, por si alguna vez oye o lee de él; pero, creo que con esto es bastante; porque me resulta inadmisibile que un buen día, cuando tenga 23 años, la señorita salga diciendo en plena tertulia: "Si, amigas mías, e igual a medio a por t elevado al cuadrado. ¿No os acordáis de que el espacio es igual a la mitad de la aceleración por el cuadrado del tiempo?"

Sólo a una gran VACILADORA (como se dice en México a la que goza tomando el pelo) se le escucharía tal cosa con agrado.

No creo que sea propósito de Educación Pública el formar vaciladoras o muchachas pedantes. Las primeras porque, en cuanto genios, son informables; nacen genios, o valen cuartilla; las segundas, porque son la negación de la buena crianza, de la verdadera cultura.

Es curioso el fenómeno provocado por la incomprensión de este vocablo teutónico. ¡Cultura! "Das Kultur". A pesar de que lo tenemos en una palabra tan vieja como Agricultura. Y es que, a fuerza de escribir sobre ella y de darle tantas vueltas, hemos embrollado el concepto. La filosofía pedantesca que vive como los parásitos royendo y royendo las raíces de la lengua, acabará por quitarle a ésta su valor instrumental; no nos servirá para entendernos los unos con los otros, sino para confundirnos y desesperarnos. Para quedar como la chica de 14 años ante la fórmula de marras.

Por piedad hacia ella he redactado estas líneas. Y por piedad hacia todas las que, como ella, tienen un pie en la infancia y otro en la maternidad, que brincan y saltan, pero les magnetiza el cine y el desparpajo de un mocoso que les habla por teléfono a cada cinco minutos; que tienen, en suma, que con llevar el trabajo con el juego y la vitalidad.

# BUSCANDOLE LOS PIES AL JUEGO

Por JOSE MORENO VILLA

A lo largo de toda la vida se juega. Hay juegos para todas las edades. Se ve que a nuestra existencia le es tan necesario el juego como el trabajo.

En una reciente conversación de café —que resultó también un juego de ingenio— se discutió si la "quemazón de Judas" el Sábado de Gloria, era juego, fiesta, o simulacro. Y se llegó a la conclusión de que era las tres cosas. Yo no veo tan claro que sea un juego, pero como tampoco puedo decir que es cosa seria, paso por lo que sea.

Pero, ¿qué acabo de escribir? He contrapuesto juego a cosa seria, y esto no es pensar con rectitud, porque hay juegos serios, aunque divertidos. ¿Cómo se divertirían si no los adultos y los viejos?

¿Son alegres los juegos de ajedrez, poker, bacará, billar y algunos así? Serán interesantes, apasionantes, pero no precisamente alegres. No hay más que fijarse en las caras de los jugadores, atentas, estiradas, y en el silencio que preside, aunque en los juegos de naipes se suelten frases en una jerga o algarabía particular que para un espectador inocente resulta muy regocijante.

Admitamos que hay juegos serios y juegos alegres; pero no vayamos a declarar enseguida que unos son propios de los viejos y otros de los niños. Porque tenemos juegos infantiles silenciosos y hasta un poquito trascendentes. El jugar a las muñecas, sin ir más lejos, y a la casita. Las niñas están entonces jugando, esto es, simulando a sus madres. Juegan a ser amas de casa, a disponer bien los muebles, a hacer la limpieza, a vestir y a regañar o acariciar a sus pequeños. En este juego no hay alboroto, ni excesiva alegría; sino una jubilosa complacencia, un gusto recatado.

Los niños, por su parte, tienen también sus juegos tranquilos: las formaciones militares, las arquitecturas con tarugos de madera, los rompecabezas.

¿Qué diferencias fundamentales habrá entonces entre los juegos infantiles y los de la gente mayor?

Aunque las diferencias saltan a la vista de cualquiera, citaré

unas cuantas para no romper el hilo del pensamiento. Juegos que requieren fuerza y energía; juegos de azar; juegos de habilidad; juegos de inteligencia o reflexión. Las diferencias entre estos juegos son palpables y no hay para que insistir. Tampoco insistiré en que unos se prestan más para las facultades de los viejos y adultos, y otros para las de los niños.

Lo que verdaderamente intriga o apasiona no es el conocer las diferencias, sino descubrir lo común, lo esencial de todo juego. Dar con ello y explicarlo con sencillez sería cumplir con la misión de la inteligencia y expandir la silenciosa alegría de la luz.

¿Qué contestaría un niño si, al decirnos que se va a jugar, le preguntásemos: ¿qué es eso de jugar? Seguramente contestaría, divertirse.

Esta respuesta, aunque salida de un niño, vamos a guardarla como un tesoro, y enseguida vamos a suponer que preguntamos a una dama, a un caballero, a un pelotari y a un futbolista por qué juegan respectivamente al poker, al ajedrez, al frontón y al fútbol. La dama me dice: por divertirme, por entretenerme. Y lo mismo el caballero. Me responden lo que el niño. Pero, los otros dos jugadores agregan al concepto divertirse otros términos de gran interés. Dicen que les gustan esos juegos porque son ejercicios reglamentados en que se lucha por ganar.

¡Ojo a esta palabra, GANAR! Y, ¡ojo también a aquella otra, LUCHA! Sin que dejemos en saco roto lo de "ejercicios reglamentados".

Averiguado esto, nos dirigimos por segunda vez al caballero y a la dama para saber si en sus juegos hay lucha, propósito de ganar y determinadas reglas. El y ella, con sorpresa o con sonrisitas, responden: "¿No ve usted, alma cándida, que a nuestros juegos le llamamos PARTIDAS? Echamos una partida de bridge y una partida de ajedrez. ¿Qué significa esto de partida? Que entre nosotros hay una división; precisamente para jugar. Y jugamos sometidos a unas reglas severas; y jugamos para ganar y divertirnos. ¿Queda usted enterado?"

No llegó a molestarme el tono reticente de la dama imaginaria, subrayado con un cabeceo medio burlón del caballero ficticio, porque la alegría de ver casi confirmada mi investigación pudo más. Me retiré contento y pensando: Es evidente que el juego no existiría sin el estímulo profundamente humano de ganar. Ganar amistad, dinero, salud, habilidad, destreza, lo que sea. Y que se gana por la fuerza, por la suerte, por la astucia, por el saber, por el ingenio, por acumulación de recursos, por sangre fría, etc. En todos los juegos se puede ir descubriendo si se gana por esto o por aquello.

Lo bonito de los juegos es que tienen disciplina, que imponen reglas. Esto también lo veo con claridad; pero, ¿rige para todos los juegos?

Repaso mentalmente todos los que puedo y noto que si, aun para los más elementales. Por esto, el niño novato, lo primero que hace es preguntar: ¿Cómo se juega a eso? Y el compañero le responde: "pues hay que amagar y no dar; hay que saltar sin pisar la raya; hay que andar en un solo pie y sin que se apague la vela". Sin alguna regla no hay juego. Y cuando la quebranta un niño mandón o jaque, suelen decir los otros, "no jugamos", "no juego".

También es interesante lo de que el juego exija división de jugadores, que formen partidas. Pero, ¿no hay juego sin banderías? Puede ser, pero no lo recuerdo ahora. Un juego tan simple como el del Corro se juega destacando al centro a uno de los chicuelos. La competencia puede revestir muchas formas. En los niños que juegan solos suele verificarse un desdoblamiento; hablan y se responden. Contradican y se pelean con su doble.

No quiero extremar las cosas llegando a la definición de juego que se puede desprender de todo lo escrito. Me arredran las definiciones. ¡Oye uno tantas al cabo del día! Y, además la definición es un límite, una conclusión, y yo no quiero cerrarme el paso; quiero seguir escribiendo sobre los juegos y los trabajos. Trabajar como jugando.

# Los Galeotes, Fuerza Motriz

Por JOSE MORENO VILLA

Quizás parezca una sensiblería literaria evocar estas sombras del pasado. Trataré de justificar su aparición.

En primer lugar, hoy sigue habiendo galeotes; no estarán amarrados al duro banco de una galera turquesca, como aquellos que cantó Góngora, pero todos sabemos que hay muchas clases de galeras, remos y cadenas; que sigue habiendo trabajos forzados y comitres dispuestos a descargar la fusta sobre las espaldas del prójimo.

En segundo lugar, por el mundo discurre una guerra solapada y hay el presentimiento de otra guerra declarada que, probablemente será más dura que la anterior. Y a las guerras van muchos galeotes.

En tercer lugar, yo traigo a esta serie de artículos trabajos y juegos de cualquier tiempo, sin plan determinado, sólo con el fin de mantener la atención sobre estas muletas indispensables al hombre. No rechazo, por lo general, la ocurrencia que se me presenta. Creo que obedece a una lógica interna no interesante de momento.

Pero, en fin, la razón que en definitiva me mueve a evocar los galeotes es esta: **CON LOS REMOS DE LOS FORZADOS SE ALCANZO ESTE CONTINENTE.** Ya sé la importancia que tuvieron las velas en tamaña empresa; pero el papel desempeñado por los sujetos al remo y a la banca dura me llega más a lo vivo. En los marineros que izan las velas imagino caras alegres de mozos deportistas —aunque no lo sean—; mientras en los galeotes, doblados sobre el remo, sumidos en tinieblas y vigilados por una especie de loquero infernal veo al condenado, al hombre convertido en bestia o en máquina. En fuerza motriz.

Y me pregunto: ¿no merecen estos antiguos propulsores de las galeras que se les recuerde en los aniversarios de LA RAZA?

Diréis que ya salió la sensiblería. Y yo no niego del todo que haya un punto de arranque sentimental en todo esto; pero voy a nublirlo con una propuesta de orden económico. Llevar a la pantalla del cine una película fuerte que revelase los trabajos de estos héroes que a fuerza de brazos, remontando las olas, contribuyeron a poblar América, este Continente viejo y virren, según se mire.

El asunto puede interesar igualmente a los americanos que a los españoles de allá. Y de la bondad de la trama depende que le interese al resto del mundo.

Elementos sobrados hay para cumplir con el tema si se saben alternar las escenas internas, de la nave, y las vívidas por algunos galeotes. En la galera caben tipos de muy distinta calaña: mercaderes, traficantes, frailes misioneros, capitanes. La vida de una galera es la de un mundo en pequeño que

fluctúa entre la paz y la guerra a cada momento. En la galera surgen epidemias, motines, lo mismo que atazaras, bailes y juegos. La galera lleva cosas de lujo y cosas de primera necesidad: semillas, imágenes, bisutería, comestibles, armamentos, animales, plantas y frutas. En la galera coinciden gentes mal intencionadas y de buenos pensamientos, rufianes y santos. En las galeras se cuentan unos a otros sus vidas; de modo que trezando bien las escenas y separando unas de otras con la visión de los galeotes, sudorosos, extenuados, jadeantes, a modo de ritornelo, se podría obtener una película pintoresca, llena de datos humanos, a la vez que sentimental y patética.

No sigo apuntando las posibilidades que ofrece el tema porque no trato aquí de escribir el argumento, sino de animar a los productores. Téngase en cuenta, además, que estamos en 1947, que el día 9 de noviembre se cumple el cuarto centenario del nacimiento de Cervantes y que al gran Miguel le simpatizaría mucho el asunto de los galeotes. Ya sé que a los productores o a las compañías no les importara este detalle desde el punto de vista económico, pero desde este punto de vista deben considerar si no es mejor un argumento basado en este asunto que muchos otros basados en pasajes de las obras cervantinas difíciles de acomodar al cine si se quiere ser respetuoso con ellas. El escollo de la ridiculez, raramente se salva al sacar a Don Quijote de su país, que es el libro. En el teatro y, supongo que en el cine, se encuentra tan extranjero como Unamuno en París. A Don Quijote hay que verlo con nuestros ojos de lectores, no con nuestros ojos de espectadores. Porque aun siendo una figura muy plástica, su alma, su espíritu, su tono y su acento, sus palabras todas son indispensables e insustituibles.

Recordemos, para finalizar, este trozo de diálogo entre el Caballero y el escudero:

—“Esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va a las galeras.

—¿Cómo gente forzada? —preguntó Don Quijote—. ¿Es posible que el rey haga fuerza a ninguna gente?

—No digo eso —respondió Sancho,— sino que es gente que por sus delitos va condenada a servir al rey en sus galeras, de por fuerza.

—En resolución —replicó Don Quijote—, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza, y no de voluntad.

—Así es —dijo Sancho.

—Pues desa manera —dijo su amo—, aquí encaja la ejecución de mi oficio: destacer fuerzas y socorrer y acudir a los miserables”.

# Lo Concreto y lo Abstracto en la Educación

Por JOSE MORENO VILLA

Como padre, no como pedagogo, penetro en el campo de la enseñanza. No me resigno a que por falta de medida se martirice a los niños. Cuánta ciencia, es decir cuánta abstracción puede dárseles y a cambio de cuánta noción de las cosas concretas y materiales que nos rodean y hasta penetran en nuestro cuerpo es lo que quisiera saber. La dosificación de lo abstracto y de lo concreto es de suma importancia.

El niño capitalino suele ignorar lo que significa el pan que come. No ha visto un horno. No ha visto sembrar ni cavar ni arar. Nunca estuvo en contacto con la tierra ni con quien la trabaja. Si sabe que el pan procede del grano de trigo, lo sabe abstractamente, por la lectura o explicación, pero no por visión directa de todo el proceso a que se somete el grano, —siembra, molienda, cochura— necesario para comer un bolillo, es decir, para poder comer con gusto lo que sin elaboración sería desagradable.

Está bien que al niño se le diga: "Esas legumbres que tienes en el plato se cultivan así, tardan en nacer tanto tiempo, las ha estado atendiendo un hortelano con riegos y cavas; a veces se pierden porque las ataca tal o cual microbio, —como nos puede ocurrir a nosotros—"

Pero esto no basta, hay que ir a la huerta; ver las hortalizas que nacen las ya crecidas y las que se embalan para el mercado. El niño tiene que conocer la fuente y el camino que hacen las legumbres que come. Y en el conocer esto hallará un placer. Tiene, además, que conocer al hortelano; mirar su indumentaria, sus herramientas,

su habitación, su familia, sus pies y sus manos. Ha de ver con sus ojos que, para labrar la tierra, los pies y las manos se encallecen y deforman. Podrá notar que tienen la aspereza de la tierra misma, no la suavidad jabonosa de las suyas. Verá que el trabajador hortelano lleva una camisa empapada de sudor, y que ese sudor no es como el del amigo deportista, sino el sudor impuesto al hombre por la fuerza de la vida, por la precisión ineludible de ganarse el sustento. Que el hortelano suda para poder comer y para que coman los demás.

Allí, en presencia del hortelano, se le podrá decir al niño: "Este buen hombre, suda para comer. Tú, no sudas para ello; pero mañana, cuando tengas hijos, sudarás de algún modo tu comida, con algún trabajo. Porque, sin penalidad no se come. El trabajo es todo lo contrario que el juego; si este es diversión, aquél es obligación".

Y habrá que llevar al niño al mar; no sólo para que juegue en el agua, sino para que vea cómo salen de ella los peces que come en su casa, quién los saca y a costa de qué trabajos; quiénes los embalan; si vienen por camión o por tren debidamente refrigerados; por caminos largos y sinuosos, hasta llegar a los mercados de la capital y a los mercaderes menores, que a su vez los ponen en manos de la cocinera. Hay que hacerle palpable al niño el cúmulo de movimientos y afanes humanos que preceden al hecho de comerse una rodaja de guachinango. Sin olvidar los de la cocinera, que después de cargar con él hasta casa, lo lava, lo prepara, lo guisa, lo fríe o lo cuece. Después de lo cual, habrá que decirle al niño: "Tu cocinera ha tardado en su faena dos horas; tú

te lo comes en dos minutos. Tú consumes tan fresco y en dos minutos lo que varias personas han tardado en conseguir horas y horas, con sudor y fatiga, con obligación. Tú te lo comes jugando, placenteramente; ellos lo consiguieron trabajando, forzosamente. Así es la vida. ¿Ves el lado serio?"

Al llegar a este punto, el padre de la criatura comprenderá que la dosis grave toca a su límite, y dirá algo así: "No es que yo quiera que seas un niño triste, angustiado por el dolor que significa el trabajo. Lo que quiero es que te des cuenta de una cosa: de que no todo es juego; de que junto a él hay otra cosa importantísima, llamada trabajo. Nada más que esto, por ahora. Ya mañana, cuando seas grande, verás que los términos se invierten, y que podrás decir: no todo es trabajo; al lado de él hay otra cosa que se llama juego. Lo perfecto, lo ideal es poder poner equilibrio en la vida que de por sí es bastante locuela; que el trabajo esté compensado con la distracción; que ni el uno ni el otro nos conduzcan a la enfermedad o a la frivolidad; que ni el trabajo nos mate ni el juego nos demoralice. Por algo hay en las escuelas horas de trabajo y horas de recreo. Si a ti te sometieran al estudio horas y horas seguidas, tu cabecita llegaría a arder como la estopa; y si te obligasen a jugar al balón doce horas seguidas, tu corazón estallaría como una bomba".

Y ahora repito lo del principio: no vengo a estos temas como pedagogo, sino como padre. He querido esbozar lo que yo entiendo por una lección de cosas concretas y materiales, de la vida. A una lección de éstas, ¿qué cantidad de nociones abstractas o científicas le corresponde? ¿Cuanto de astronomía, de álgebra, de filosofía, de aritmética? Porque tiene que haber una proporción.

Los gringos son maestros en higiene alimenticia, en dietética; han regulado y proporcionado los diferentes manjares para el adulto, el viejo y el niño sanos y para los que padecen de tales o cuales cosas. ¿No debe pen-

sarse un poco más en la dietética espiritual de las criaturas en flor?

# "Camp Ruiné", Quinta Columna

Por JOSE MORENO VILLA

Hablando de juegos con una mujer educada en Bélgica, supe de uno que allí se llama "Camp-ruiné", Campo arruinado. Creo que en el mundo hispánico es desconocido, y como su interés psicológico lo considero de primer orden, trataré de explicarlo.

Se juega con una pelota de mano. Hay dos equipos y dos capitanes. Estos se encargan de distribuir bien sus fuerzas en sus campos respectivos, espaciándolas convenientemente. Se sortea el saque, y quien saca tratará de arrojar la pelota con la mayor malicia, lo más difícilmente, para que no la capten los del partido contrario. Si no la captan, se recoge del suelo y se avienta; pero si la capta uno de los jugadores, este pasa inmediatamente al bando contrario con la misión de impedir por todos los medios que alguno de ese equipo contrario la capte o "cache". Puede recurrir a los empujones, los codazos y las zancadillas. Su misión, pues, no es otra que la del "quinta-columnista", esto es, de trabajar por su partido entre las fuerzas contrarias; con la gran diferencia, sin embargo, de luchar descaradamente. Siempre en los juegos hay mayor limpieza, más nobleza.

Este quinta-columnista cumple bien su misión; ha impedido que la pelota sea captada; esta es aventada de nuevo sobre los contrarios; la cacha uno de ellos, y el que la cacha pasa como el primero a unirse con él y engrasar de este modo las fuerzas del quinta-columnista. Hasta que dominan y ganan el juego.

¿Es, o no es interesante la cosa? Resulta que en este deporte infantil está la maquiavélica traza que los hombres esgrimen sin entraña (aunque por ideales) en esta época fatal, desbocada, que nos ha tocado vivir.

¿De cuándo data el juego? ¿Es anterior a la primera guerra mundial? Porque los chicos sacan

sus juegos de los graves juegos de los mayores. Durante los primeros meses de la revolución española, me impresionaba ver a los niños jugando a "dar el paseo".

## ¡TU LA LLEVAS!

El juego de "La lleva" es muy popular en España. Es juego de niños. De repente dice uno: "Tú la llevas", dándole una palmada en la espalda o en el hombro y echando a correr. Todos huyen del tocado como si llevase la peste. Todos se aprestan a burlar sus acometidas con regateos y recortes.

El que la lleva, una vez repuesto de la sorpresa, se dispone a soltarla sobre otro; a soltar esa cosa inconcreta que lleva, esa ligera palmada que alude a no se sabe qué. Se balancea sobre las piernas, hace flexión y se dispara sobre éste, que le buria, sobre el otro que le quiebra con alarde torero. Estuvo a punto de tocarle a uno en la cabeza, pero la agachó. Le faltaron tres centímetros para rozarle el codo a otro. Todos se le escapan. El infeliz dichoso se siente torlillo rodeado de peones. Comienza a brotarle el sudor. Está jadeante, pero no cesa. Mira y mira en todas direcciones. Sus ojos ven con el rablillo y nota que se la va acercando uno por detrás como para jactarse de su osadía. Lo deja acercarse y, de repente, gira y le pega gritando: "Tú la llevas".

A esto se reduce el juego. No tiene complicación.

Sin embargo, es posible que la tenga para nosotros. Nosotros lo complicamos todo. Estamos hechos de preguntas, y todo aspecto de la vida nos arranca una o varias.

¿En qué se inspiró este juego? Sobre el hombre cae de pronto una desgracia; vamos a suponer que una afrenta. Le tocó el infortunio. Y este hombre tiene

que reaccionar de algún modo. ¿Cómo? ¿Haciendo recaer esa afrenta sobre otro? Es evidente que ha de descargarse de ella.

El hombre puede obrar con rapidez o con parsimonia, según las circunstancias. Si el ofensor está presente y el ultraje le abochorna, lo devolverá de un modo contundente; si está lejos, buscará la manera de tocarle en lo moral o lo físico. La cosa es tocarle a quien le tocó; poder decir: "Tú, la llevas!"

## LA CUCANA

Este es un juego para mayores. Lo he visto practicar en los puertos. En concursos.

La Cucana no es más que un palo grande, como poste de teléfono, que se cubre de sebo o de otra materia escurridiza para que se resbale quien pretenda subir por él o recorrerlo. En los barcos puede servir de cucana el palo horizontal de la proa, llamado bauprés, o uno de los mástiles, que son verticales. Por estos se sube, o pretende subir, gateando. Por el horizontal se pretende caminar como por la cuerda floja. En ambos casos, el premio lo gana quien alcance la banderita colocada al extremo.

Gran espectáculo popular este de la cucana. La gente goza viendo titubear al hombre, defender su equilibrio y caer al fin sobre las aguas entre contorsiones inverosímiles. Esto, cuando se trata de la cucana horizontal; que ante la otra ríe por ver los vanos esfuerzos del que gatea.

En el diccionario podemos ver que existe el abjetivo "cucanero", y su definición: "Dícese del que sabe conseguir las cosas con poco trabajo".

¿Es exacta esta definición? A mí me parece sumamente trabajoso escalar o recorrer un palo enebado.

Pero también es cierto que muchos políticos lo suben o lo recorren con extrema facilidad.

# CORTAR, SAJAR, TAJAR, REBANAR

Por JOSE MORENO VILLA

Todos sabemos un poco de estas maniobras, pero no somos profesionales. Nos podemos cortar las uñas; podemos rebanar una papa, tajar el jamón y, puestos en aprieto, sajar una postema sin ser manicuros, cocineros, trinchadores ni cirujanos. Precisamente al trabajo de estos voy a referirme. El otro día fui al Hospital Infantil con mi chaval de la mano; un niño de seis años y medio. El inocente se sentía feliz ante la idea (¡qué idea!) de ser operado. Yo rumiaba cosas como estas: Lo voy a entregar al mejor operador de amígdalas que yo conozco, al doctor Roberto Sánchez, que además es tío de la criatura; estas circunstancias me garantizan el éxito; todos los días se operan de dolencias semejantes un montón de niños; pero también le van a extirpar los adenoides y a circuncidarlo; y esto es ya una carnicería. ¿Soportará bien el traumatismo de las tres operaciones?

Me adormecieron al chiquillo y yo mismo fui empujando la camilla rodante hasta la sala donde le esperaba su tío, a quien miré en los ojos de una manera acentuada, queriendo decirle con ella que aguardaba impaciente y que tenía fe absoluta en su pericia. Le había visto salir de dos operaciones anteriores y decir a otros padres sonriente y natural: "Todo bien. Ya está".

Los minutos fueron eternidades. No podía estarme sentado. Miraba a las enfermeras y cirujanos que pasaban, como a gentes todopoderosas, y me consideraba a mí mismo como al ser más inepto del mundo. Cuando al fin salió el doctor y me miró alegre, le di un abrazo por encima de su vestidura casi carnavalesca y me dije: esto es trabajar con oficio; qué maravillosos son los cirujanos... quién pudiera llegar en lo propio a tal seguridad, limpieza y prontitud. Empezar a trabajar con frescura de alma, tener a mano todo lo necesario, concentrar toda la atención y todos

los recursos de la ciencia y la experiencia, lanzar la mano sin titubeos y no hacer movimientos inútiles, sino los precisos. Sin disciplina no se triunfa de ciertas cosas delicadas. Delicadas y rápidas. El cirujano está a muchas millas del carnicero.

Muchas veces, en los consultorios de los dentistas —que han sido hasta hoy mis únicos cirujanos— he dado vueltas a esto de la disciplina y a otras cosas relacionadas con el trabajo, como la realización y la perseverancia. Qué difíciles se me hicieron desde niño ambas condiciones. Y cómo llegaron a incorporarse a mi naturaleza. Mientras los demás pacientes examinaban aburridos los manoseados periódicos y revistas, o miraban sus zapatos y los del vecino, yo me hacía cruces de la constancia del doctor y de su capacidad de realizar o llevar a cabo lo que fuese: extracción, raspadura o ir en busca de un colmillo enquistado. Estar todos los días allí, a las mismas horas, recibir a la gente con la misma benevolencia, poder olvidarse de tantas cosas como hay por fuera de la clínica, dignas de atención o francamente seductoras. Para nada pensaba yo en lo que estimula la ganancia; en esto caigo ahora que escribo. Yo no veía sino lo difícil que es perseverar y acabar las empresas, por modestas que sean.

Los artistas y escritores libres, es decir, los no sujetos a empresas, creen cuando son jóvenes que la perseverancia y la realización son achaques de la vejez, indignos del genio. He conocido muchos que pintaban o escribían de año en año, y casi todos se quejaban del público o de la crítica, sin pensar que con tres sonetos o dos cuentos y con seis acuarelas en diez años no podían aspirar a tumbarse en los divanes y comer durante el resto de la vida. El trabajo, por muy libre que sea, impone asiduidad y prosecución hasta el fin. Con gus-

to, pero también con fatiga, malas noches y dolores de cabeza. En todo trabajo, por muy espiritual que sea, encontramos un aspecto material. ¿Es que se llenan solas las páginas escritas por Cervantes, Lope, Dostoyevsky, Balzac, Tolstoy, Baroja, Galdós?

"Mi padre —escribe Goethe en sus Memorias— tenía una terquedad particular por lo que respecta a la realización. Todo trabajo emprendido había que rematarlo, aunque luego se apercibiese claramente lo incómodo, tedioso, molesto y hasta inútil de la obra comenzada. No parecía sino que para él la realización era el único fin, y la única virtud la perseverancia. Cuando en las largas veladas de invierno, en familia, conmezábamos a leer un libro, teníamos que terminarlo, aunque nos desesperase a todos y a pesar de que en ocasiones él era el primero en bostezar. Me acuerdo todavía de un invierno en que leíamos la "Historia de los Papas" de Bower. Era un libro terrible, porque muy pocas de las cosas eclesiásticas que en él se tratan pueden interesar a niños o a gente joven. Sin embargo, a pesar de la poca atención que prestaba a la lectura y de la repugnancia con que la oía, conservé lo bastante para que en tiempos posteriores me sirviese mucho.

Esto lo dice uno de los "pequeños" trabajadores que nacieron sobre la corteza de nuestro globo.

Ya D. Miguel de Unamuno, que también integra la cofradía de buenos trabajadores, le oí decir muchas veces; que para él tenía la hora 60 minutos y el minuto sesenta segundos. Con lo cual quería decir que trabajaba tanto o producía tanto porque perseveraba en el trabajo y realizaba lo comenzado.

A tales consideraciones y recuerdos me arrastran la visita al hospital y el contacto con la cirugía. El lector corte, saje, taje o rebane por donde guste.

# PARES O NONES

Por JOSE MORENO VILLA

Una señora me dice: "Escriba usted más sobre los juegos".

Un señor me dice: "No ha mirado usted todavía los juegos desde su aspecto histórico".

Señora, señor, todo se andará, si el palo no se quiebra; pero no ha de extrañarles que en esta serie —que en realidad responde a la vida— los trabajos abunden más que los juegos. Y entiendo aquí por trabajo las dificultades, las penalidades, todo aquello que hay que vencer en la existencia; en el mismo sentido que la usó Cervantes cuando tituló a uno de sus libros "Los trabajos de Persiles y Sigismunda". Porque hay trabajos concretos, perfectamente definidos, y trabajos insospechados, que le caen a uno de improviso y es necesario vencer o resolver. Lo mismo ocurre con los juegos, que al fin, y al cabo son la otra cara de la vida, no sé si la de los pares o la de los nones.

No voy a describir lo que sea este juego antiquísimo y universal. ¿Quién no ha cerrado el puño conteniendo unos anises, o unos frijoles y le ha propuesto al adversario que adivine si la cantidad encerrada es par o impar?

Deseando contentar al señor del apetito historicista diré que, espigando en el famoso y rarísimo libro de Rodrigo Caro (cuyo centenario podríamos solemnizar justo ahora, pues murió en el año de 1647), "Días geniales y lúdicos" cualquiera puede enterarse de que los romanos jugaban, a "par o impar"; pero que no es menos latina nuestra designación, puesto que viene de preguntar: "¿Par est?" y contestar: "Non est". De juntar la pregunta y la respuesta tenemos el "Pares y nones".

El libro de Rodrigo Caro no es ameno ni de gran interés. Fastidia por lo enfático y pretencioso. Es de un retoricismo pedante que, después de escribir Baroja, nadie resiste ya. No se le puede negar, sin embargo, el mérito de responder al afán humanístico de la curiosidad por el pasado clásico.

El bueno de Caro, trató de buscar los antecedentes griegos y romanos de los juegos que veía en los sevillanitos de su tiempo. Y es curioso notar que se justifica ante sus amigos diciendo, por ejemplo: "Ovidio, gran investigador de fiestas y ceremonias antiguas..." Es decir, se apoyaba en antecedentes clásicos para que los serios majaderos no le inculpasen de frívolo. ¡Cualquiera sabe a la postre qué es lo serio y lo frívolo en esta confusa vida! A ratos me parece más serio Arniches que Ortega y Gasset, y siempre me divierte más Nietzsche que Muñoz Seca. Entendiendo por serio en un escritor la capacidad de penetrar en la esencia de un pueblo en una época determinada y de saber presentar con atractivo lo que pesca en ese buceo racial.

Arniches y Ortega, como cada hijo de vecino bien intencionado, juegan a pares y nones, y unas veces aciertan y otras no. Yo no digo con esto que la obra literaria o interpretativa sea cosa de azar, pero sí que el acierto profundo depende de muchos factores y no siempre claros ni definibles. En un poema no terminado, digo:

"La verdad está quieta en todas partes, y nadie tiene la verdad".

Creo firmemente que si mis contemporáneos admitiesen esto que digo cantando, no tendrían dividido el mundo. Es muy posible que a tal conclusión no se llegue sino en la vejez, o lo que es lo mismo, por flaqueza; pero, también es posible que brote por un sentimiento de humildad, por un conocimiento o conciencia de la mezquindad humana. Mezquindad para alcanzar las verdades últimas, desde luego, porque en otros aspectos, el hombre resulta enormemente grande y glorioso.

Jugar a pares y nones con el destino humano es lo que me parece canallesco e inadmisiblemente. Y más si se tiene en cuenta que en este juego, como en casi todos, caben trampas; y que el poseedor de los frijoles o los anises, si oye que el contrario dice "pares", puede quitar uno con la otra mano y presentar "impares". ¿Cómo es LA VERDAD DE VERDAD de los jugadores internacionales? Ahí está la cosa.

## SALTAR LA HOGUERA

Es tradicional en España el formar grandes hogueras la noche de San Juan. Hogueras grandes donde se queman los trastos viejos de las casas, las sillas rotas, patas de mesas, puertas de muebles inservibles. En los pueblos son imponentes; las llamas alcanzan grandes alturas y el ver a los chicos y mozos saltar por ellas sobrecoge.

Rodrigo Caro, en el citado libro, relaciona este juego con el rito arcaico de la purificación por el fuego; en el fondo un símbolo de sacrificio. Y dice lo siguiente:

"Aún duró mucho tiempo esta persuasión general de que el fuego purgaba y limpiaba las cosas polutas y manchadas, y quedó el uso en los muchachos, de que hay un raro ejemplo en el libro VII. cap. XVI de la "Historia Tripartita": Estaban jugando unos muchachos en una plaza a la pelota; pasó acaso por allí Lucio, obispo arriano; sucedió que la pelota, mal sacada o mal rechazada, pasó por entre los pies de la cabalgadura en que iba el obispo arriano; viendo esto los muchachos católicos, dieron grandísimos gritos, juzgando su pelota por manchada con sólo la sombra del hereje; oyendo el obispo los gritos de los muchachos, mandó a uno de los que le seguían que se quedase y viese lo que hacían. Los muchachos encendieron una hoguera y pasaron la pelota por medio de la llama, juzgando que de aquella manera quedaba limpia; y ésta, dice el autor, que era costumbre de muchachos, reliquia de la antigüedad".

Sobre las fiestas del día de San Juan hay muchas canciones y romances. Con su fecha entra el verano. San Juan (24 de Junio), acorta, y el Niño (25 de Diciembre) alarga.

Lástima que la hoguera de San Juan, por lo que tiene de purificación, nos traiga a la memoria las piras de Hitler, donde ardieron tantos libros y otras piras de que no quiero acordarme.

Por JOSE MORENO VILLA

"Las Gracias o Charites fingían que andaban siempre en corros dadas las manos, para significar la mucha benevolencia y amor que se tienen", Esto dice Rodrigo Caro, y continúa con uno de sus párrafos más felices:

"Como era cosa sagrada, contenía misterios de naturaleza; y así, las primeras vueltas que daban eran de la mano izquierda a la derecha, significando el movimiento rápido del cielo de Oriente a Poniente; luego, de la derecha a la izquierda, dando a entender que tal es el movimiento natural del cielo de Poniente a Oriente; la tercera vuelta era en redondo, con que significaban la perfección de la esfera con su movimiento del Setentrión al Mediodía, y del Mediodía al Setentrión. Salir un muchacho a ballar primero significa el sol, que alumbraba los demás astros; luego una doncella, la luna. Ir sacando de una en una, es dar a entender los cursos de los planetas; y, finalmente, todo el corro significa las estrellas del firmamento, que en el corro, con suave y dulce armonía, hacía fiesta a su Criador".

Por estas frases de Rodrigo Caro podemos ver que el jugar al corro está cargado de tradición o sentido clásico. Ese juego infantil no es una niñería simplemente, sino reflejo de la vida sideral nada menos. Ya en un párrafo anterior nos dice Caro con gran ingenuidad: "El uso de los corros... fue antiguamente empleo de las señoras e hijas de los príncipes para cantarle alabanzas al Señor, como lo hizo María, hermana del gran sacerdote Arón, siendo ella la que guiaba el corro, después de aquella gran maravilla de hundir Dios a los gitanos en el mar".

Dos cosas me brincan en este párrafo; una, muy transitoria; la otra, no tanto. La primera, que el autor llama a los egipcios gitanos; lo cual concuerda con la tradición, pues a cada paso oímos a la gitanería andaluza decir que proceden de Egipto, y en sus coplas de zambra surge de vez en cuando el nombre del Faraón Gitano es un derivado de Egipciano o egipcio.

La segunda cosa que requería a mi fijeza es la palabra "corro", que manejada por Rodrigo Caro parece incluir el concepto de la palabra "coro". ¿Es que el pueblo las emplea con esta ambigüedad? Yo creo que en España, y de niños, no sabíamos si lo correcto era llamar corro o coro al juego.

Si miramos el Diccionario de la Academia vemos que Coro se deriva el latín CHORUS y que Corro viene de CORRER. Confieso que esta explicación me divierte; porque, jugar al corro no es jugar a correr; en todo caso sería jugar a dar vueltas según el ritual marcado en la descripción de Rodrigo Caro, es decir, unas veces en una dirección y otras en otra.

Vamos a cercar las dos palabras y ver lo que aclaramos sin auxilio de la técnica filológica.

Si se trata de coros, tenemos: los nuevos coros celestiales o angélicos, los coros de las tragedias clásicas griegas y romanas que pasan a las óperas luego y hasta las zarzuelas; los coros eclesiásticos o de los canónigos.

Las notas comunes a estas tres clases de coros pueden ser: formar una CORte, CORteza, CORona, CORbata o CORsé, es decir algo que curva, algo que implica curva o anillo. Que la raíz COR responde a curva lo vemos en el CORcovado, esto es, en el enCORvado, en el individuo que tiene en curva o arco la columna vertebral. La primera nota pues, de los coros es forma, lineal, de curva en torno a lo que sea.

La segunda nota común puede ser acústica, la del cántico. Cantan los ángeles, los coristas y los canónigos en coro.

Pensemos ahora en los corros que haya Corro de niñas, que forman círculo, cogidas de las manos, y cantan dando vueltas hacia la derecha y hacia la izquierda. Corro de viejas que platican y tejen. Corro de hombres que como el de las viejas y el del juego infantil es también un círculo.

En los tres corros, la única nota común es formal, lineal, el círculo. La nota de acústica

(Sigue en la ca. Pág.)

(Sigue de la 5a. Pág.)

ca no es obligada en el corro; lo es en el juego, pero no en los otros corros.

Sentado esto, tenemos que lo común a coros y corros es la forma; pero que la forma es cerrada en el corro y arqueada o curvada en el coro.

El coro se hace y el corro se forma. Hacer coro es asentir en masa a las opiniones lanzadas por alguien.

Que el corro es forma mucho más cerrada se nota en que "se rompe el corro" porque alguno se va. Podemos echar del corro a uno por molesto, como se le puede echar de la casa. El corro es como un cuerpo, mientras que el coro es como una hornacina. El mi-

nistro soltó en un corro de militares... Soltó una noticia como se suelta un toro en el ruedo. El corro es un ruedo. Y ahora caigo en que de niños decíamos: ¿Jugamos a la rueda?

Las conclusiones a que podríamos llegar son: que los coros responden a situaciones más sublimes y los corros a situaciones más vitales, prácticas y prosaicas. Pero, si recordamos la explicación de Caro, expuesta al principio, el juego de la rueda o del corro, tiene un fondo tan sublime como el de los coros.

¿Qué opinan ustedes? Y, sobre todo, qué opinan las niñas y los niños que juegan por esas plazas, jardines y patios de Dios?

# LA EMOCION, QUE PROMUEVE, Y EL TORNILLO, QUE AFIRMA

29 mayo 47

(Glosa a un discurso de Torres Bodet)

Por JOSE MORENO VILLA

En el jardín de las Rosas —así, con mayúscula, porque alude a las colegialas de Santa Rosa de Lima— se han sentado en forma monumental Don Miguel de Cervantes y Don Vasco de Quiroga por voluntad libérrima y noble de la Universidad michoacana. El acto se ha comentado en los periódicos y sospecho que en muchos hogares por lo que tiene de gota de bálsamo. ¿Será verdad que el mundo busca ya la concordia? Por si no se trata más que de un síntoma aislado en la barahunda cosmopolita, decimos que es una gota de bálsamo. Y añadimos: ¡Qué gusto da! Hay tantos motivos de diversos órdenes en un hecho así como para ocupar las plumas de todos los escritores hispanos.

Yo voy a ceñirme a uno sólo de esos motivos: al discurso del Secretario de Relaciones. No por la amistad que nos profesamos, ya vieja, sino porque la emoción sentida en mí al leer sus párrafos pudo ser sentida por otros muchos españoles y es necesario traducirla verbalmente.

Torres Bodet es un escritor, lo cual no puede afirmarse de todo el que escribe. Su discurso está por consiguiente bien escrito, con emoción previa y con palabras atornilladas, eficaces y precisas.

Hablando de la vocación de España, dice: "Porque los hombres que representan esas estatuas —aunque nimbados por luz diversa en los escaños rígidos de la gloria— encarnan ambos lo mejor de esa vocación, que fue siempre, en las grandes horas... (perdónese la interrupción; obedece al estado del ánimo; es que viene lo que se espera, lo que promete la frase; veamos)... dádiva intrépida de sí misma, amplitud de vigor humano, valentía sincera de las ideas en las empresas del pensamiento y en las empresas de la conducta, valentía patética de la acción".

Después de transcribir estas cualidades y calidades de la Vocación hispana, yo, como niño que se siente elogiado, noto que toda la sangre del cuerpo se me sube a la cabeza. Porque, yo lo sabía todo eso, pero no era el llamado a declararlo. Es más, no me atrevía ni a pensarlo. Me parecía engreimiento, fatuidad, falta de visión exacta de las cosas.

¿Si los españoles somos así, si la vocación de España es todo eso, por qué no la adoran los demás pueblos? Porque, hay que fijarse en cada uno de los puntos constitutivos de nuestra vocación:

Primero: dar el alma y la vida con intrepidez, sin miramientos mezquinos; al moreno como al blanco y al amarillo; al bajo, al mediano y al corpulento; al afín como al diferente; a la rabiosa como a la dulce de carácter.

Segundo: abarcamiento vigoroso del orbe, amplitud del abrazo humano.

Tercero: Valentía y sinceridad al pensar.

Cuarto: Valentía y sinceridad al obrar.

Y, quinto, que resume los dos anteriores: Valentía patética de la acción. Repito que me anonadan tantas bellas cualidades, y más cuando las escucho en boca de un Secretario de Relaciones. Sé todo el aprecio, el cariño que encierran para España por parte de México y rechazo todos los "peros" que pudieran asaltarme porque, miro a Don Vasco de Quiroga vivo aún entre mis mexicanos lo mismo que el verbo sustantivo de Cervantes.

Precisamente en estos días, hablando de cierto bailarín andaluz, me dijo un amigo: "Los españoles se cansan pronto, no resisten". Y le contesté: "Pues ya ve usted, vinimos hace cuatro siglos, y aquí estamos".

Y estamos por aquello primero de Torres Bodet por la dádiva intrépida. Por la sangre y por la palabra. Por los Quirogas y por los Cervantes. Dicho y pensado sin el menor viso de "hispanidad", sino como simple constatación de un hecho; porque los poetas somos tan objetivos como los científicos.

Todo el discurso del poeta Torres Bodet está lleno de emoción española y ello nos mueve a corresponder aunque sea con la brevedad de una glosa periodística. Después de asentar aquellos rasgos de lo que llama la Vocación de España, va ampliando y justificando sus afirmaciones como un letrado sus premisas, lógicamente, y como un poeta sus intuiciones, emotivamente. Entre 1470, fecha del nacimiento de Quiroga, y 1616, año en que la muerte se lleva a Cervantes, ve la curva más alta de la grandeza española, y acierta a expresarse en esta forma cálida:

"Del encuentro de aquella España, levantada en lo más rotundo de la ola magnífica de la suerte, con el mundo mágico y prodigioso que habitaban los pueblos americanos, iba a surgir, en nuestro país, esa realidad que llamamos México: patria profunda, que, por profunda, vamos descubriendo mientras la hacemos; patria nacida —como todos los grandes hechos— entre ríos de sangre y de lágrimas; patria que nunca dimitirá de sus tradiciones y cuya fuerza de persistencia no podrá residir jamás en el odio suicida con que otros pueblos quieren borrar de sí mismos alguna huella de su linaje, sino, al contrario, en la magnanimidad con que ligue todos los elementos, indígenas y europeos, que lucharon por dominarse y que hubieron de conjugarse para vivir".

Yo quisiera reproducir muchos pasajes de su oración, quisiera mejor que se difundiese en un folleto bien presentado, pero, entre tanto, no me privaré de teclear aquí este otro párrafo del final:

"De ahí que en esta Morelia de Morelos, las estatuas de Cervantes y de Don Vasco tengan un sitio tan natural como aquél que ocupan el talento del uno y la ternura del otro en la intimidad de nuestro corazón. Fue nuestro el uno por la consagración de su vida y por la virtud. El otro nos pertenece como a todos los hombres, porque vivió para adiestrarnos a respetar, con equidad incontrovertible, todas las circunstancias del ser humano, en sus ascensos y en sus caídas, en sus atrevimientos y en sus zozobras, en su ambición soberana de triunfo y gloria y en sus modestas aspiraciones de quietud, de penumbra y de bienestar".

Gracias, amigo poeta y Ministro de Estado. A los que vamos siendo viejos y oímos estas palabras fuera, lejos del suele propio, nos conmueven muy especialmente. Como compañeros de pluma nos encanta la forma literaria, pero como hombres españoles damos un viva estentóreo al cariño y a la lealtad que traslucen.

Hay tantas cosas en su discurso... Algún día volveré sobre aquello de la "Valentía patética de la acción".

## LOS JUEGOS Y LOS TRABAJOS

## "SAL, SALERO..."

Por JOSE MORENO VILLA

Sea esta la tercera y última vez que explote al antiguo Rodrigo Caro. No me gusta explotar a los muertos; y ya llevo setentacinco pesos ganados a su sombra.

El juego de SAL, SALERO... es así: "Pónese una rueda de muchachos, y uno en medio; éste, dice en alta voz, teniendo cerrados los ojos y andando a la redonda: SARABUCA DE RABO DE CUCA DE ACUCANDAR, QUE NI SABE ARAR, NI PAN COMER, VETE A ESCONDER DETRAS DE LA PUERTA DE SAN MIGUEL. Donde pára, al decir esto, aquél muchacho sale y se va a esconder, y así va repitiendo las mismas palabras y echando a fuera muchachos hasta que se han ido todos. Después los sale a buscar, diciendo: "SAL, SALERO, VENDRAS CABALLERO EN LA MULA DE PEDRO. Ellos procurarán salir de donde están, y llegar primero al puesto, porque al que puede coger le hace que lo lleve a cuestas".

Uno de los encantos que tiene este juego infantil radica para nosotros, y más aún para los niños, en esa jerga o jerigonza rítmica del niño que ordena esconderse o salir. Es cosa muy de los juegos; los jugadores quieren tener su lenguaje propio, que sea impenetrable para los no iniciados. El mismo Rodrigo Caro pregunta en su diálogo: —"Si supieses decirnos aquellas palabras qué significan, de SARABUCA DE RABO DE CUCA, etc.— Señor, yo no se decir más sino que esta es la algarabía de allende, que quien la habla no la sabe y quien la escucha no la entiende."

Creo, sin embargo, que un hombre tan erudito para su tiempo como Rodrigo Caro, olvidó en este caso explicar esa jerigonza por el mucho gusto que da a la gente la aliteración. La aliteración, que consiste en usar palabras en que se repiten las mismas letras, sirviéndose de ellas como de una casi rima. Así, en Sarabuca de rabo de cuca, se juega con RABU, BUCA, RABO y CUCA. Y lo mismo ocurre con el Sal, salero. Es una aliteración divertida, como la muy conocida de Lope de Vega: "En la calle de Atocha, litón, —litoque bitoque, que vive mi dama.— Yo me llamo Litoque Bitón, litoque bitoque y ella Catalna".

A estos jugueteos aliterativos se dedicaron ya los hebreos, los griegos y los latinos. Rodríguez Marín cita ejemplos en su libro de refranes: AMANTES, AMENTES SUNT. TOB SCHEM, MISCHEMEN TOB. VECINA, BOCINA.

Y yo recuerdo tres ejemplos de Vital Aza, de los cuales citaré uno:

"Paco Peco, chico rico,  
insultaba como un loco  
a su tío Federico;  
y este dijo: poco a poco,  
Paco Peco, poco pico."

Este juego de SAL, SALERO, me hace pensar como dije antes en lo gustoso que es para el niño y para el hombre inventar un lenguaje secreto, que algunas veces hasta pretende alcanzar la categoría de técnico, como ocurre en todos esos juegos o deportes anglosajones que han invadido nuestros campos y nuestro idioma de una manera desafortunada y temible.

Yo no soy jugador de cartas o naipes, por consiguiente, cuando oigo frasear a los jugadores, no los entiendo. Algunas veces me sorprende que una señora declare tener tres corazones, y más si se sabe que apenas tiene uno de verdad.

La terminología taurina, no menos extraordinaria, como es española y vieja acaba uno por entenderla. Hay que reparar, sin embargo, en lo sorprendente que es eso de "darle a un toro una Verónica", o "sacarle de las tablas, y llevárselo a los medios", o "ponerle dos pares al cuarteo", o "darle la estocada en las mismas agujas".

La terminología taurina se respira en el ambiente español desde niño, y la empleamos al jugar al toro; pero ella es manejada a veces por cronistas taurinos de verdadera genialidad literaria, y esto contribuye a difundirla. Hubo una época en que me parecían algunos de ellos dignos de figurar como clásicos en las antologías. Y sigo pensando lo mismo.

En cambio, no recomendaría jamás a un editor que recogiese las informaciones deportivas de fútbol, beisbol, boxeo y demás importaciones que, como juegos, se han aclimatado aquí hasta con pasión. En ellas y en las emisiones radiofónicas se incrustan los vocablos ingleses con toda su pureza original, sin adaptación, sin ese acomodo formal que antes buscaban los vocablos extranjeros para ser admitidos y usados por bocas hechas a otras articulaciones.

He abierto un periódico y he subrayado estas frases y estas titulares: Averages de la liga mexicana de Base-Ball. El jonronero del beis profesional. Un juego limpio de sólo cinco hits. Maravilloso short stop. Respecto a su back-field, aunque un poco lento... Faulleó. Fulano, primer drive de los amateurs. Se emparejó y pudo prolongar el set a extra games.

¿Es agradable ver esto? Aun conociendo el sentido de todas y cada una de las palabras inglesas, leer tales cosas es como comer frijoles con piedras o beber manzanilla con chapopote. Es que no son elementos lingüísticos emparejables, casaderos. Es que uno brilla y el otro se opaca; y los labios, al leer, sienten tirones raros, tan pronto por lo que exige un idioma velado, de pronunciación nebulosa, como lo que pide un idioma rotundo y sin brumas.

Pero, ya basta. A dónde nos ha conducido el juego de "Sal, salero."

# CARRERAS DE CINTAS

Por JOSE MORENO VILLA

Hay juegos y fiestas que nacen y desaparecen en pocos años. A fines del siglo pasado, y coincidiendo con el invento y difusión de la bicicleta, surgieron las carreras de cintas utilizando estas máquinas que el público recibió entonces como artefactos grotescos y espantosos. A los campesinos andaluces les produjo el mismo espanto que los caballos de Cortés a los pobladores de América. Y a los despiertos capitalinos les invitó a reír como cosa de circo.

Las cintas eran de seda o de raso; anchas, como de unos quince centímetros, y largas, como de metro y medio. Cintas de todos los colores y matices, que para hacerlas más valiosas se les pintaba en uno de los extremos algún asunto decorativo: unas flores, una marina bajo la luna, dos amantes bajo el plenilunio, dos perritos blancos enseñándose las lenguas, un gatito lamiendo el plato.

Estas cintas se enrollaban en unos carretes, y estos carretes, en número de seis u ocho, se ensartaban en una barra horizontal, que surgía sobre la pista, y quedaba del suelo como a unos tres metros.

Los ciclistas iban entrando en suerte uno por uno. El preparado ya, salía de lejos, cobraba velocidad, levantaba la pica en dirección del colgadero y trataba de pinchar. Cuando lo conseguía, daba gusto ver desliarse el jirón colorado y revolotear en el aire hasta que la máquina perdía fuerza. Enseguida venía otro corredor y el juego se repetía sin más diferencia que la de pinchar o no pinchar. No era cosa como para interesar a la multitud. Interesaba especialmente a las damitas que hacían de Presidentas y habían regalado las filacterias; interesaba igualmente a los jóvenes que corrían y aspiraban a picar la cinta de tal o cual de ellas; pero a la mayoría del público le resultaba un juego demasiado inocente, muy de aquellos inocentes años finales del siglo.

Los chiquillos, sin embargo, copiamos aquellas carreras; las hacíamos a pie, dentro de las casas si en ellas había cuartos grandes y destartados, o en los patios. Y nuestro mimetismo infantil nos llevaba a disputarnos los nombres de los campeones ciclistas. —“Yo soy Recio, y tú, Mingorance”. —“No, tú eres Mingorance y yo soy Recio”.

Las carreras de cintas se hicieron también a caballo. En ellas, el jinete, después de hacer por la cinta, tenía que intentar coger un ramo de flores colocado a una cuarta del suelo, sobre un tiesto o pequeño pedestal. A galope, tal como corrió la cinta, pasaba, se doblaba y seguía con o sin el ramo.

Solía integrar este festejo un Carrousel, maniobra hípica evolutiva que gusta si se consigue

la perfección, es decir, si desde lejos se ven las líneas de los jinetes como curvas perfectas que, después de integrar una figura, la disuelven en otra y en otra.

La vistosidad de este juego era superior porque donde entra el caballo hay siempre más vida y más patetismo, por consiguiente. El hombre mismo es otro en un caballo que sobre unos barrotes y dos ruedas. Si en ésta se encoge, metiendo el estómago, en aquél se yergue y saca el pecho; si en la máquina agita sus piernas con desesperación, en el animal las afirma sobre los costillares y los estribos. El hombre, en fin, demuestra más dominio en un caballo que en una bicicleta porque tiene que domeñar otra voluntad, la del bruto. El jinete tiene la prestancia de un caballero, y siempre que varios caballeros salen a la palestra evoca uno los torneos, justas, juegos de caña y demás alardes caballerescos que no conocemos sino por las letras. Un romance anónimo describe así la situación de ánimo en uno de tales torneos:

“Suspensos estaban todos,  
colgados de una esperanza...  
Nadie en la plaza se mueve,  
con estar toda la plaza  
llena de bizarros moros  
y de damas las ventanas.”

Y en otro romance, anónimo también, se describe el combate así:

“Enclavados en las sillas  
y embrizadas las adargas,

los unos contra los otros  
a un tiempo pican y arrancan,  
y trabando el bravo juego,  
(que más parecía batalla)...  
los unos pasan y cruzan,  
los otros cruzan y pasan,  
desembrazan y revuelven,  
revuelven y desembrazan;  
cuidadosos se acometen,  
se cubren y se reparan...”

A pesar de todo esto, tampoco arraigó la carrera de cintas a caballo. No sé si sobrevive en algún apartado lugar del mundo, como sobreviven aquí, en los pueblecitos de México, juegos, bailes e indumentaria antiquísimos. Pero no lo creo, porque no hay una razón profunda que conserve aquellas carreras como estos pasos mexicanos. La supervivencia de éstos se debe a la religiosidad, a lo que tienen de rito.

## DIRT-TRACK (Pista fangosa)

Este es otro juego o festejo, de invención inglesa, que yo he visto aparecer y desaparecer después de la primera guerra mundial. Se llamó así porque las motocicletas habían de hacer su carrera sobre pistas fangosas de gran espesor. Las máquinas empezaban a patinar desde el punto de arranque algunas veces. La lucha del hombre resultaba desesperante. Cuando conseguía salir de un resbalón y tomaba vuelo, entraba en una curva y allá iba, a embarrizarse en el lodo.

Yo vi estas carreras en el Stadium de Madrid, en noches ca-

niculares. Los carreristas, vestidos como guerreros modernos, llevaban un gran número de orden sobre las espaldas. El espectáculo sobrecogía como un asalto militar, incluso por el ruido. No resultaba un festejo alegre ni luminoso; todo lo contrario. El ver rodar por el fango motos y hombres no es nada placentero. Nos ponía en tensión, como una hecatombe. Algunas gringas me dijeron que les agradaba porque iban buscando emociones. Yo les contesté que no vale confundir la emoción con la conmoción.

29 31  
X

LOS JUEGOS Y LOS TRABAJOS

## LA CORRIDA DE TOROS

Por JOSE MORENO VILLA

¿Acaso es un juego el toreo? ¿Por qué no? Desde que se le considera un arte tiene mucho de juego. Pero, el sobrante de ese mucho ¿qué será? ¿Será pelea, y por consiguiente trabajo?

Vamos a ver cómo le llaman los extranjeros a la corrida de toros. Los ingleses le llaman **Bull-fight**; los alemanes, **Stier-kampf**. Lo cual quiere decir que los anglosajones ven nuestra fiesta como una lucha.

¿La ven lo mismo los franceses? No. Pero un no a medias; porque si corrientemente le llaman **Cours de taureaux**, traduciendo exactamente nuestra nomenclatura, también le llaman **Combat de taureaux**, según los diccionarios.

Este hecho nos muestra, por lo pronto, que los pueblos latinos y los anglosajones tienen distinta visión de la fiesta. Nosotros la del juego, puesto que corrida o carrera es un modo de jugar; y ellos, la visión trágica, la del combate, con peligro de vidas y seguro derramamiento de sangre, aunque no sea más que el de la sangre del toro y de los caballos.

¿Qué se deduce de aquí? Que ni la nomenclatura nuestra ni la de los extranjeros es suficiente. Deberíamos contar con un calificativo que abarcara las dos visiones, porque en realidad se trata de un juego-trágico. Lo de llamarle **Fiesta brava**, me parece más certero que **Corrida de toros**. **Corrida**, no es. ¿Cómo va a ser corrida una fiesta donde, al que corre, le llaman cobarde y le tiran todo lo que se tiene a mano, desde almohadillas hasta tomates? Tomates que llevan a la plaza los que no quieren dejar sin castigo al mal torero.

**Corrida** es un nombre anticuado, que no le va al toreo de hoy. **Corrida** será la de San Fermín, en Pamplona. **Corrida** se podrá llamar a los Encierros, cuando los toros atraviesan la población. Extendiéndose mucho, podría llamársele también así a las capeas y a las corridas portuguesas, donde se amortigua el peligro hasta el punto de embolar las astas del toro.

La imprecisión de la nomenclatura nos avisa que se trata de un juego muy particular; de un juego que puede convertirse en duelo. Se asegura que su mayor interés está en que sobre él se cierne la muerte. Igual, igual que en el combate o la guerra. Matar y burlarse de la muerte: a eso se reducen estos juegos de guerrear y torear. Y de la guerra, como del toreo, se dice que es un arte. ¡Claro, el arte de jugar bien la fuerza, la astucia y el valor.

No vamos a la **Corrida** a ver correr; vamos a ver torear con la capa, el caballo, las banderillas, la muleta y el estoque. Torear para matar en campo de lid, de lucha, trabajando al toro, reduciéndolo, porque es salvaje, dominándolo con gracia, con todo el arte posible, limpia y noblemente, de poder a poder.

¿Que no es un hombre contra la fiera, sino toda una cuadrilla? Pues, con todo y eso, las fuerzas están equilibradas. Lo vemos frecuentemente; hay toros que, después de todas las faenas y de agotar al matador, podrían empezar a embestir y levantar caballos por los aires.

Tampoco pesa el argumento de que el matador lleva un arma, el estoque. Que nos den un estoque a uno de nosotros,

no toreros, o a un veterano de la última guerra y nos pongan delante de un toro bravo. Un pobre estoque no es tan mortífero como una ametralladora, es poco más que un alfiler. Y un alfiler que ha de pinchar en su sitio, para lograr la muerte.

Pero veo que me aparto de la misión mía. No tengo por qué justificar la fiesta brava; ni defenderla ni atacarla. Mi propósito y mi gusto se reducen a discurrir sobre lo que hay en ella de juego y de combate.

Pensemos en que a la Lidia preceden la Tienta y el Derribo, faenas a que se entregan con ánimo deportivo los señoritos sevillanos. La Tienta es un examen, una prueba; se trata de averiguar el grado de bravura de los toros. Si no responden, si no reaccionan vivamente a los empujes del garrochista, no sirven. Quedan reprobados y condenados a vivir sin virilidad.

¿Y el Derribo? Dice el Diccionario: "Tratándose de toros o vacas, hacerlos caer en tierra, corriendo tras ellos a caballo y empujándolos con la garrocha".

Henry de Montherlant, el escritor francés más taurófilo, nos describe en su novela "Les bestiaires" estas faenas deportivas que ya los griegos cultivaron. Nos cuenta la angustia que pasó antes de decidirse a derribar: "Sin embargo, la tensión de mantener con una sola mano las riendas de este caballo vehemente, de guiarlo, de vigilar a la vaca, de sostener la pesada pica, de apuntar con ella, le colmó de tal fatiga, que se decidió".

Bastan estas líneas para comprender la calidad del deporte, su tensión, su rapidez de movimientos, la destreza que exige.

Pero no olvidemos lo fundamental de la Tienta. No olvidemos que lo buscado en ella es la bravura. El hombre quiere pelear con la fiera, no con el toro manso. Quiere lucirse en la lid, vencer la fiereza con la destreza, con el juego sabio y sereno de los brazos.

Y como lid es combate, y corrida es juego, resulta que estamos como los franceses, sin un término que abrace la combativo y lo deportivo de nuestra famosa fiesta.

# UNDECIMO CENTENARIO DE BERNALDO DEL CARPIO

Por JOSE MORENO VILLA

¿Se acordarán en España de que se cumplen ahora mil y cien años de su muerte? ¿Nadie levantará una corona de palabras en memoria de esta figura legendaria e histórica, émula del famoso Roldán francés? Los niños no lo olvidan; y los romances que ellos cantan siempre, que ellos están cantando siglos y siglos, son las mejores coronas.

Nació durante el 800, y murió en el 847. Alguien puede creer que a tales cifras le falta un uno delante. Tan extraño es hablar de un hombre nacido hace once siglos. ¡Nada, casi nada! ¡Nada si se considera desde la eternidad o cuarta dimensión; casi nada, según la socarrona manera española de decir.

¿Dónde está enterrado este doiente y valiente Bernaldo que durante sus cuarentisiete años del siglo noveno hizo cosas de esas que

ya no olvidan nunca los poetas, los niños y los historiadores? —No lo sé. En un hoyo de tierra—. ¿A dónde habrá ido a parar el polvillo de su carne? —No lo sé. Con el pan y el queso de un labriego fue ingerido. Un español se lo tragó. Hay motivos para pensar así.

¡Polvillo de su carne, de su alma impetuosa y justiciera! Toda la tragedia de Bernaldo en esta vida fue la de querer rescatar del cautiverio a su padre. ¿Fue su padre un malhechor? —Nada de eso. ¿Quién mandó encerrarle? —Un rey; el rey Don Alfonso "El Casto". —¿Por qué? — Por amores; por haberse casado secretamente el Conde de Saldaña o sea don Sancho Díaz, o sea el padre de Bernaldo, con una hermana del rey, con Doña Jimena.

Don Alfonso "El Casto", no pasó por esto, y se vengó del hecho encerrando de por vida al Conde, y encerrando a su hermana en un convento. ¿Quién fue culpable en este desafortunado amor? ¿Por qué no se unieron el Conde y la Infanta a la luz del día o con el beneplácito real? Nada sabemos; no lo dicen la leyenda, los romances ni la Crónica digamos científica— de Alfonso el Sabio. Lo sabido es que se le condenó al Conde a cadena perpetua.

Parece que Bernaldo se crió en Palacio y que no supo de la condena de su padre hasta cerca de la pubertad, por insinuaciones de las dueñas que le sirvian. Y desde aquél momento surge su destino: librar al padre.

De dos modos podía valerse: ayudando al rey en sus empresas guerreras o haciéndole la guerra. Intentó primeramente conseguir el rescate por las buenas y se batió con los moros en ocasiones muy críticas para el rey, llegando a salvar la persona real de una muerte segura. Persona real que ya no era don Alfonso "El Casto", sino don Alfonso "el Magno", porque el cautiverio del padre y la pugna del hijo se dilata a través de varios rei-

nados. Los reyes, después de cada empresa o batalla ganada por Bernaldo, le prometían la liberación del padre, pero jamás la cumplieron.

En vista de esto, Bernaldo se declara en rebeldía contra "el Magno". Ha ganado otra batalla; ha solicitado lo de siempre y se lo han negado; decide, pues, encastillarse y guerrear a su tío, al rey.

La idea de fundar el castillo, el momento en que le vino esta idea está descrito bellísimamente en la Crónica de Alfonso X. Copio el párrafo:

"Después de esto fuese yendo con su caballería Tormes arriba, contra Alba, y cuando llegó a un otero que hay a tres leguas de Salamanca, arremetió el caballo, subió sobre el otero, miró a todas partes, vio toda aquella tierra tan hermosa

y repleta de todo lo que le es necesario al hombre, y decidió hacer allí un castillo muy fuerte y muy bueno, al cual le puso el nombre Carpio. Y de allí en adelante le llamaron a él Bernaldo del Carpio".

Ningún escritor moderno puede superar lo que acabamos de leer. Nuestra lengua llegó aquí a la mayor edad. Y no es trozo único. Lo que separa al lector poco avezado a lo antiguo es, a veces, un vocablo en desuso, anquilosado, o la ortografía. Tengo el propósito de publicar todo lo que se refiere a Bernaldo de Carpio en la Crónica citada. Mientras tanto, valga este recuerdo, sirvan estas líneas para remover la atención hacia un español típico que, como El Cid, se las mantuvo firme contra su rey por amor a su padre y por odio a la arbitrariedad del poder.

Mucho daño le hizo al monarca desde su castillo del Carpio. Tanto, que se reunieron los grandes señores y convencieron al rey de que se entregara el padre. Y este es otro de los pasajes escrito con severidad y eficacia por el cronista. Yo no diré aquí sino que los encargados de sacar al Conde de su prisión se encontraron con un cadáver. El Conde San Díaz murió tres días antes de ser liberado. Atónitos los emisarios, preguntaron al rey lo que habían de hacer; y el rey les contestó que meter al muerto en un baño para que se ablandase; que después lo subieran en un caballo, con un criado a la grupa para sujetarlo, y que así viniese en comitiva hasta donde estaban él y Bernaldo.

Los clamores del hijo suenan aún en el cielo; en nuestro cielo histórico.

# La Reforma Urbana de Toledo

Por JOSE MORENO VILLA

He puesto un dedo en el teclado de la máquina y, antes de oprimirlo, me pregunto: ¿qué es esto? ¿cómo es posible que traiga esto y aquí? ¿Por qué me sale a cada paso la imagen de Toledo?

—¡Bah!, demasiado lo sabes. No reflexiones más. En Toledo tenías alquilado un pisito para escapar de Madrid en las vacaciones; y este recreo, aunque lejano en el tiempo, aletea de vez en cuando en tu memoria. Los lugares de amor son imborrables. Pero, además, a cada momento te llegan emisarios espirituales o materiales de allá: un artículo de Marañón en un periódico argentino; un anuncio del mazapán toledano que se fabrica en México; una divertida charla con Luis Buñuel, Condestable, por nombramiento propio—, como el Caudillo de una Orden amistosa que anda hoy desperdigada por el mundo; el encuentro con una dama, la señora Cussí de Escandón, que gustó las perdices toledanas en la Venta de Aires hace unos meses; en fin, tus frecuentes paliques con Alfonso Reyes, copartícipe de aquel apeadero toledano que se bautizó con el nombre de "El Ventanillo", y tu reciente lectura de "Angel Guerra", la estupenda obra galdosiana.

—Sí, sí, ya veo que son varias las cosas que te suscitan a cada momento la imagen de Toledo —seguí diciéndome—, pero ¿cuál de ellas te indujo a pensar en su reforma urbana?

—Verás; en definitiva, la novela de Galdós. Su poder evocativo supera al de una visión cinematográfica de la ciudad. Dos, de sus tres tomos, reavivan todos los aspectos de ella y acaba por encrespársenos en el alma como una ola inmensa. La noche pasada me fui a dormir como enrollado en esta ola; y me venían a platicar los personajes como figuras de mi propia vida, como seres de una nueva familia mía de los cuales ya no ignoraba yo nada, ni siquiera la temperatura de sus manos o el olor de sus vestidos. Es tan detallista y veraz Don Benito que registra los olores, la temperatura, los sonidos y los soplos en que viven sus criaturas. Es inmenso este Galdós. No tenemos novelista igual; ni Cervantes se le iguala.

Pues bien, los personajes se interponían a mi sueño; iba perdiendo mi conexión racional con el mundo y se me presentaban Angel, Leré, Mancebo y otros menos principales. Uno de estos, Don Suero, pasó quejándose de que Toledo está estrangulada, que no admite crecimiento porque nadie se atrevería a demoler para abrir calles amplias. Era el tema de aquel burguesote provinciano. Y yo, por quitármelo de enmedio, le dije: Toledo puede crecer, pero en lo bajo, en la vega, o bien en lo alto y más allá del río, en los cigarrales.

Pero todo eso queda muy lejos —repuso. Nosotros no tenemos que tomar coches para ir de un sitio a otro en nuestra ciudad de hoy; mientras que extendiéndola hasta esos parajes tendríamos que usarlos.

—¡Ah, vamos, usted lo que quiere es que crezca sin que crezca. Pues, eso, no es posible. En cambio es posible establecer un tren subterráneo, un metro con bocas en el Zocodover y en los cigarrales. De estas bocas

bajarían unos elevadores o ascensores, hasta el nivel conveniente, y, por unos centavos o céntimos, podría usted trasladarse a los barrios nuevos sin necesidad de coches.

—¡Ja, ja! — Una risita burlona, que no era de Don Suero, interrumpió nuestro diálogo. Provenía de Leré, la amada de Angel Guerra. Vi sus ojos bailarines como burlándose de mí. De su boca salieron estas frases: ¿Con qué gente va usted a poblar esa nueva Toledo? La que hoy vive en la vieja no se aparta de sus casas, que estarán todo lo anticuadas y retorcidas que usted quiera, pero amasadas por generaciones; sin agua bastante, pero cerquita de todas partes. ¿A dónde vamos tan lejos? Preferimos vivir y morir juntos, apretaditos. Que nos suban el agua en cántaros y borricos. ¿Quién va a vivir en la Nueva Toledo?

—Tú, Leré. Tú y nosotros y nuestros hijos, que hoy vivimos sin España. —Eso le dije. Y continué: Tú, que eres un carácter complejo, difícil, interesante, digno de que lo estudie un psiquiatra. ~~En tus ojillos difícil, interesante, digno de que lo estudie un psiquiatra.~~ En tus ojillos bailarines esta la visión de esa reforma urbana; tú, la apetece, aunque no quieras darte cuenta. Tu eres profundamente religiosa, pero no mojigata; y la religiosidad pide expansión. Tu no eres cobarde ni laxa, sino valiente y dinámica. No sé, no sé porque te vienes a reír de mi proyecto expansionista, aunque... si me fijo bien...

—¿Qué...? — saltó ella curiosa.

—Leré te voy a decir una cosa: Tú no quieres esa nueva Toledo como no quisiste a Don Angel. Tu padre, Don Benito, te hizo rara, fría para la maternidad y ardiente para la caridad, fría ante el hombre que te requiere, pero ardorosa y generosa ante la miseria y la podre humana. ¿Por qué fuiste con Angel como fuiste, Leré? ¿Qué nota femenina fallaba en tu alma? Y Don Angel era como la reforma que yo propongo.

# LA ORDEN DE TOLEDO

Por JOSE MORENO VILLA

Durante los primeros terribles meses de la revolución española del 36, unos sujetos, insujetos, se presentaron a registrar la casa de J. B., muchacho "alacre" y ajeno a las contiendas políticas. Entre sus papeles encontraron los visitantes uno que parecía de pergamino, cuidadosamente enrollado y atado con una cinta de seda. Lo abrieron, y, apenas iniciada la lectura, exclamaron:

"Y esto... ¿qué es? Un cuadro de una Orden... y tú en ella. ¡Echa pa'lante! ¡Vámonos!"

El muchacho, —que ya no lo era tanto, pues tendría sus 35— se explicoteó como pudo, medio riendo, medio protestando: "Pero, hombre... qué disparate... Si esta no es una Orden nobiliaria... No está en el Gotha ni en ninguna Guía Oficial de la nobleza... Es cosa o invención de literatos amigos de Toledo. Pueden ustedes preguntar por teléfono a la Alianza de intelectuales. En ella figuran García Lorca y Alberti. Además, este papel que parece de pergamino es de envolver pitillos, y lo decoré yo".

Los insujetos, como hombres ajenos a las letras y mucho más a la ironía de crear Ordenes, dudaron, desconfiaron un buen rato, pero, al fin se fueron sin llevarse por delante al "caballero" de la Orden de Toledo.

¿A qué respondía esta Orden; quién la creó y cuándo; quiénes la integran? Todos los problemas históricos pudieran aclararse como este si estuvieran en vida los actuantes. Yo mismo, sin saberlo, figuro en ella, por determinación irrefragable del fundador y Auto-Condestable Luis Buñuel. Este me informa que después de muchas visitas a Toledo en plan romántico —bohemio— delirante, con amigos y amigas, se le ocurrió fundarla; él nombró Caballeros a los que eran dignos de serlos y él fijó los grados de cada quién según los merecimientos, actuaciones y experiencias tenidas en la más fantástica población de España.

Esto ocurrió el año 1923, cuando la osadía juvenil de los "alacres" estaba culminando. Es pues, signo de alacridad, y por eso lo registro. Aunque yo era catorce o quince años más viejo que Buñuel, Dalí, García Lorca, Garfias y otros de los Caballeros, la "alacridad" me envolvió en cierto modo, como puede verse en mis libros "Jacinta la Pelirroja" y "Carambas".

Un historiador escrupuloso añadiría que muchos de los componentes de esta Orden, siendo "alacres", se diferenciaban ya de Gómez de la Serna en la índole de su revolucionarismo. Podría decirse que eran más surrealistas que cubistas. Con lo cual apunto que la preocupación política y hasta demagógica, asomaba en ellos. ¡Cosa grave desde hoy, vista desde 1947: Pero, en realidad o en el fondo, el gran móvil era la osadía juvenil, que conquistó incluso a los filósofos. ¿Es que el "Homo Ludens", de Huizinga, no responde

al valor que entonces se le concedió a la juventud, y consiguientemente al juego?

Los caballeros de la Orden de Toledo no iban a la ciudad matriz en busca de los detalles que emboban a los turistas, sino de experiencias personales. En vez de alojarse en los hoteles señalados por las Guías, se acomodaban en las Posadas de la Santa Hermandad o de La Sangre, entre arrieros, burros y telarañas que seguían siendo los mismos que en tiempos de los Reyes Católicos o de Cervantes. Cenaban y bebían sin continencia y se lanzaban luego al laberinto de las callejuelas que, desde luego, estaban menos alumbradas que ellos. Hacían mofa de los monumentos consagrados, pero besaban las piedras porque las habían pisado generaciones y razas y mucha gente como ellos, los Grecos, Lope de Vegas, Cervantes, Herreras, Quevedos, Calderones, alucinados e inquietos.

*(sigue  
a otra cuartilla)*

(continuación de  
"La Orden de Toledo")

Buscaban sitio de miedo; caminaban esperando sorpresas.

En una noche de nieve, a las tres de la madrugada, arriando a una de las plazuelas típicas Buñuel y Eduardo Ugarte, vivieron esta especie de alucinación: oyeron voces de niños cantando la tabla de multiplicar. De vez en cuando cesaban aquellas voces infantiles y se oían risitas y la voz del maestro. Mis amigos se quedaron pasmados. ¿Cómo era posible aquello en tal hora? Buñuel se trepo a la ventana de donde salían las voces al parecer. Y no vió más que oscuridad y silencio.

Otra noche, estando con las hermanas Ernestina y María Luisa el mismo Condestable, esperando que las monjas de un convento entonaran sus cánticos a las dos de la madrugada, vieron rondar dos figuras. Ellos estaban sentados en un poyo de rinconada, fumando, hablando bajo y disparándose besos. A la segunda o tercera vuelta, los rondadores se fueron aproximando cautelosamente, Buñuel se levantó y empuñó la pistola que llevaba. "¿Qué quieren ustedes? —Somos policías. —A ver las placas. —Como estas (enseñándolas). Y, ahora, venga esa pistola. —Tengo licencia. Véanla. —Está bien, pero vámonos a la Comisaría. —Ya en esta, preguntó el comisario a los guardias qué traían; contestaron: —Pues... aquí estas... se besaban con este joven y estaban fumando... —Hay muchas señoritas hoy que fuman y se besan— contestó bonachón el comisario. El Condestable y sus amigas pudieron seguir sus románticas peregrinaciones.

En otra de ellas trabaron conocimiento con un ciego que les llevó a su casa, si aquello podía llevar tal nombre. Sentadas en unas esteras rotas había cuatro personas ciegas, hombres y mujeres, todos familiares. Una familia de ciegos. Allí no existían mesas, sillas, lámparas ni camas. Únicamente las esteras, unas mantas mugrosas y... ¡maravilla!... una colección de cuadros siniestros, que representaban cementerios; pero no pintados ni dibujados con lápices, sino con pelos. Cipreses de pelo, nichos de pelo, tumbas de pelo. De pelos rubios, de pelos negros y castaños.

Los Caballeros de la Orden de Toledo nos regalarán algún día una publicación, un libro, con sus mejores experiencias.

Quiero terminar citando los nombres de Caballeros desaparecidos o muertos, y de los degradados: Federico García Lorca (muerto), Antonio G. Solalinde (muerto), José M. Hinojosa (degradado y muerto), Avida-Dolars, o sea Dalí (degradado), Perre Unik, —francés, (muerto), Rene Crevel, francés, (muerto).

# SENTARSE A ESCRIBIR

Por JOSE MORENO VILLA

No voy a dar ninguna lección. Libreme el buen gusto. Libreme también el respeto debido a los que ya no son escolares.

Lo que trato es de dar a conocer los requisitos del alma cuando me siento y agarro la pluma.

El primer fenómeno evidente es que el cuerpo se retira y deja todo el campo al espíritu. Este es quien va a trabajar. Y, aunque la mano es cuerpo, carece de prestancia, no representa papel, secunda la actividad del jefe absoluto como humildísima esclava.

Pero el alma o espíritu, lo que hace en seguida es apelonarse, apretarse y aislarse. Sabiendo que el cuerpo le ha cedido cortésmente el paso, teme que por los canales de

los sentidos le lleguen cosas del mundo exterior que le turben en su tarea. Y el alma requiere aislamiento. Por esto se apelonada y cierra como un caracol.

Ahora ya, aunque el oído guarde su sensibilidad, puesto que oigo de vez en cuando el soplo de la manguera en el jardín, la sirena del tren, el pregón o la bocina, oigo todos estos ruidos como amortiguados por una materia sorda que mi voluntad interpone. Así queda el alma como en cabina de teléfono, con un aislamiento de algodón o guata.

En tal estado, mis ojos no ven. Muchas veces, al aflojarse la concentración, al interrumpirse la secuencia del pensar, noto que estaba mirando una flor o la pileta del

agua, pero que no las veía. Mi vista se ha ido posando en una porción de cosas sin verlas, porque mi alma estaba encerrada, ocupada en lo suyo; y ahora lo suyo no era ver lo exterior, sino enlazar conceptos. Los ojos, así, los ojos que se pasean sin servir propiamente, se truecan en ojos bobos. Y lo que les ocurre a ellos les ocurre también a los otros miembros del cuerpo. Así, cuando hemos visto a otros en trance de escribir, hemos notado movimientos extraños y hasta ridículos: ademanes y visajes que nos parecían grotescos porque no respondían a nada visible. Eran meros reflejos del trajín callado del alma.

Una vez aislada y concentrada el alma, queda uno sumergido en una especie de sueños. Y digo en una especie porque no es sueño verdadero. La conciencia, vigila, ella va rigiendo la marcha de las ideas; se opone a que pase la que se presenta sin ser llamada y manda salir a la más conveniente.

Las ideas vienen a veces en tropel, armando barullo y bola, como compradores de boletos en la plaza de toros, y hay que meterlas en fila. Y uno puede ir entresacando de esa fila aquellas que prefiera, sin miramiento al lugar que ocupan fortuitamente. Ellas, como no son personas, no se sulfuran ni esgrimen derechos de primacía. Saben que valen en el lugar que se les asigne, no en el que les dió la casualidad. De no ser así, de tener voluntad propia las ideas, a cada momento nos conducirían al precipicio, a la confusión. Sería imposible discutir con lógica.

Y lo mismo pasa con las intuiciones. Aunque éstas, según mi experiencia, no se amontonan, aparecen con más parsimonia y distancia. Yo diría que las hay mayores y menores. De una mayor, suele arrancar la obra; pero luego, en el desarrollo de ésta, van surgiendo intuiciones de menor ambición que ponen luz acá y allá, como focos en hilera las noches de iluminaciones urbanas en festividades cívicas.

Tenemos, pues, que cuerpo y alma se disocian; que el alma rompe con la vida circundante para atender sólo a su obra; que durante tal rompimiento e inmersión en una especie de sueño, el cuerpo queda como lelo, mirando sin ver, oyendo sin oír, gesticulando sin razón aparente, riendo o afligiéndose sin que sepamos por qué: Como el cuerpo de los locos. En éstos la disociación es permanente. El escritor es un loco pasajero, si atendemos a la exterioridad de su cuerpo en trance de escribir. Su cuerpo puede mover a risa o a piedad. En cambio, si pudiéramos ver la vibración de su alma, es decir, de sus potencias —memoria, entendimiento, volun-

tad—, gozaríamos de un espectáculo maravilloso.

Toda la vida se concentra en ella. Ella es el escenario donde ocurren ahora las cosas; no en la calle ni entre las personas. Todo lo que éstas hablan, todo lo que ocurre de ordinario en la ciudad, todo lo presente o lo histórico puede entrar en ebullición dentro de esta escena que tengo en mí, en lo más cerrado de mí ser. Ahora, cerradas las puertas de este teatro, ya puede gritar el niño o venirse la casa abajo; nadie ni nada me separa de la representación. Ya estoy sordo para todo, sujeto a ella, y mi pensamiento fluye con rapidez inusitada. Como si me fuese transmitido por alguien. Las palabras vienen solas, sin que yo me tome la molestia de bus-

carlas; las frases se ordenan bajo un ritmo que tal vez pueda estudiarse un día como las curvas cardiográficas. Estoy sentado, escribiendo, trabajando, y no me doy cuenta. Pero, al despertar, me duele la espalda.

# LOS VIAJES Y EL VIAJERO

Por J. MORENO VILLA

Decía una señora en mi casa ante un grupo de ocho personas: "Le aconsejé a Yolanda que, de ir a Europa, visitase desde luego París, y si le alcanzaba el tiempo, Italia; pero que a España no tenía necesidad de ir porque no había nada que ver".

La afirmación era de tal calibre, que opté por contestar únicamente: "Depende, señora, de lo que se quiera ver".

Ella, entonces, cayendo en la cuenta de que yo era español, me dijo que perdonase, que no era su intención molestarme, y que le informara sobre España. Y yo le respondí que no tuviese cuidado y que, en cuanto a la información, la reduciría a lo siguiente: En las grandes poblaciones encontrará usted lo que busca, si busca preferentemente sitios de diversión nocturna, amistades finas, museos, monumentos y hoteles de lujo. Afirman muchos viajeros que Madrid está en todo esto por encima de todas las ciudades europeas. Ahora bien, en las otras poblaciones, y hasta en las aldeas más descuidadas, hay muchas cosas dignas de conocer; monumentos únicos como la Alhambra, en Granada; la Mezquita, en Córdoba; el Alcázar, en Sevilla; El Escorial y Toledo cerca de Madrid. Usted puede visitar Santiago de Compostela, Meca de la Cristiandad en la Edad Media. Usted, si es aficionada a saber cómo vivieron los antiguos, puede ver en España casas, templos y palacios de muchas épocas, romanos, visigóticos, árabes, judíos, renacentes, góticos, neoclásicos, románticos. Si usted se interesa por las comidas nacionales, puede saborear cosas que son exclusivas. La variedad de pescados que encontramos en España es infinita y riquísima. No es cocina refinada la de allá; pero vale la pena conocerla. Sucede con muchas otras cosas de aquella tierra lo que con la cocina; el valor de lo español no radica en el refinamiento. Habrá cosas refinadas, obras archifinas, pero domina en casi to-

das nuestras manifestaciones una dosis de tosquedad o de rudeza que disgustaría y retraería al viajero si no estuviese compensada con rasgos de verdadera hidalguía o nobleza. Un gran escritor nuestro, Galdós, dice: "pueblo sencillo y de un carácter rústicamente hidalgo, con más vehemencia que malicia".

Yo, señora, podría enseñarle aquí buenos libros repletos de cosas dignas de verse, pero voy a decirle

antes una cosa: creo que lo mejor de los viajes no está en lo que se busca sino en lo que se encuentra.

—¿Cómo? No le comprendo.

—Mi experiencia me dice que de cada sitio, lo que sigo recordando con más fuerza es aquello que descubri por mí mismo, no lo que me indicaban las guías y los "cicerones".

—Pero, según eso, lo mismo da ba-

jarse del auto en un villorrio que en una ciudad.

—Para un viajero de verdad, es idéntico. Mire usted: de un pueblo llamado Béjar, donde estuve un solo día y hace muchos años, lo que recuerdo vivamente es la prestancia de la hija del fondista y el parecido de unas colinas con las de Florencia.

—Pero, no va una a ir allá por ver si tropieza con el hijo guapo de un hotelero y unas lomas que se asemejen a otras.

—No, desde luego que no recomiendo esto a toda persona, y menos a las que buscan cosas conocidas. Hablo de los que gozan de los viajes por las cosas inesperadas que encuentran. Le voy a poner otro ejemplo: Siempre que pienso en la ciudad de León, por encima o antes de sus murallas romanas, de su San Isidoro románico y de su catedral gótica, me acuerdo de lo siguiente, vivido allí. Andaba con nosotros un entomólogo inglés que había venido buscando una clase de mariposas exclusivas de aquella región. Andaba loco desde hacía una semana, arrastrando su redcilla inútilmente. En vista de ello, y no disponiendo de más tiempo, decidió partir al día siguiente; y, en la última tarde que pasamos juntos, subimos a la torre de la catedral.

Pues bien, estando en ella, y apoyados en las barandillas contemplando las lejanías, le pasó la mariposa buscada a dos metros de sus narices.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues, nada. Que aquello me divirtió mucho más que otras cosas de León y se me grabó para siempre. Es el humorismo de la vida, lo inesperado, lo que no se prepara.

—Pero, al inglés no le haría tanta gracia.

—Seguramente, pero tampoco se le habrá olvidado.

# ACTUAR Y SALIR CON GLORIA

Por J. MORENO VILLA

Un aspecto hay en la retirada de Arruza que probablemente no ocupará la atención de los revisteros y cronistas de toros: La hermosura que resplandece en toda labor cuando ésta se ejecuta y remata con seguridad y limpieza.

El toreo, como labor que es, puede disfrutar de ese premio; pero consideremos que no es labor solamente, sino faena, brega. No es un trabajo simple, sino compuesto. Compuesto de arte y de peligro. Bregar es luchar con un enemigo que pone en peligro nuestra vida. Hacer que esta lucha resulte labor ponderada y grácil; hacer que el patetismo se convierta en grito de júbilo es el milagro y la hermosura del arte torero.

Arruza, como muchos otros matadores y banderilleros famosos, ha rematado faenas perfectas en los ruedos muchas tardes; ha conseguido arrancar ese grito de liberación que dan millares de pechos al salir de la angustia; pero mi meditación no quiere detenerse ahora en estos pormenores, sino en el conjunto de su carrera, en el trazo que dibuja en la historia.

Estamos acostumbrados a ver toreros buenos, magníficos, que por H. o por B., no saben salir airoso de su vida profesional, quieren prolongarla indebidamente y se arrastran por los ruedos con facultades lastimosas ya, mendigando aplausos y recibiendo almohadillas. Un ejemplo de relieve fue el "Divino Calvo".

La vida profesional de toreros así se desdibuja, pierde belleza plástica. En conjunto resulta un espectáculo lamentable. Y el conjunto es lo que me interesa considerar ahora.

La vida torera de Arruza es rápida, breve y segura, como corresponde a su mote. Pasa como un ciclón. Hace un dibujo en el cielo durante unos pocos años, y ahí queda el dibujo es-cueto, grabado, seguro, límpido, sin titubeos.

Ha hecho "su vida" en ese breve espacio temporal. Lo cual quiere decir que ha ganado el suficiente dinero para vivir el resto de su existencia.

Esto es lo maravilloso, lo que encandila a tanto jovencuelo que ve en el toreo el modo de hacer fortuna rápida, con peligro, pero sin fatigas de estudios espirituales, sin quebraderos de cabeza ni sometimientos enojosos a empresas industriales o amos de negocios. Fortuna ganada con libertad, personalmente, gracias al esfuerzo y el arrojo individual.

Únicamente los políticos o los jugadores de bolsa pueden alcanzar lo mismo en el mismo tiempo. Pero sin gloria. Casi todos tienen que salir de su brega con la cabeza baja y un tiznón en la espalda. La marca.

Actuar a fondo, bregar a conciencia, con honradez y severidad, cumpliendo aunque el bicho no se preste, rizar el rizo en el límite del espacio, donde no queda aire para respirar, y salir con gloria, eso es lo de Arruza. Y eso fue lo de Manolete; solo con la diferencia de que su salida fue trágica. Lo cual nos dice que en el toreo, aparte de la maestría, de la inteligencia y las facultades, existe el factor "fortuna". Que un ligero desvío de la trayectoria, en el toro o en el torero, ocasionada por lo insospechado, cambia el triunfo en muerte.

Para conseguir ese dibujo tan perfecto en el cielo de la torería, Arruza ha debido contar además con una gran dosis de inteligencia. Lo ha demostrado incluso en sus sobrias declaraciones a los revisteros. Declara irse porque sí; no se queja de nada; dice que no sentirá nostalgia; no toca una sola nota sensible. Acaso piense allá, muy adentro, que no es posible seguir toreando en los terrenos que él mismo impuso; y que tampoco es posible pedir más de lo que se paga hoy a los toreros. Y tales razones calladas, también indicarían inteligencia.

Breve y segura actuación, (descontando los años de aprendizaje, los balbuceos toreriles); corta y honda brega con la muerte para conocer los bichos y dominarlos (su codo a codo con Manolete durante más de un año debió servirle mucho); convencimiento de que el toreo es cosa seria y digna; todo esto hace que su paso por la historia del toreo sea un espectáculo ejemplar.

29 Feb. 40

# LA MODELO

—Por J. MORENO VILLA—

28 marzo 48

Somos cinco, seis, siete los reunidos en el cuarto de estudio. Cada uno tiene delante un caballete para el tablero y el papel. En cada mano derecha hay un lápiz, un carbón o una pluma. Hemos puesto unos papeles translúcidos en los cristales de la ventana para que los vecinos no atisben indebidamente. La función ritual es sólo para nosotros; los profanos no comprenden bien las posturas de los oficiantes; ni la nuestra ni la de esa mujer que ahora va dejando caer sus vestiduras lentamente, con seriedad.

—¿Cómo me pongo? —pregunta ella.

—Inventa la postura; tú sabes, —decimos algunas veces. Otras declaramos que nos gustaría tal escorzo o tal inclinación.

—Así, así.

Un silencio absoluto domina en la sala desde entonces. Las manos y los ojos trabajan con calma o con celeridad, según el espíritu del dibujante. La modelo se ha convertido en estatua; ha perdido su libertad de movimientos; no le queda más que el latido de la sangre, el ritmo de la respiración y el juego de la imaginación, si la tiene.

En nosotros también hubo una pérdida de personalidad. Se diría que somos menos hombres. No queda rastro del apetito carnal en esta hora de concentración, de estudio. No pensamos en nada que esté fuera de la tarea de captar la forma y fijarla en el papel. Abstraemos, relacionamos, proporcionamos. Ante nosotros no hay más que un objeto inmóvil y grande que hemos de reproducir en pequeño por medio de rayas y tonalidades.

¿Dónde quedan nuestras preocupaciones? ¿Dónde la guerra, la situación humana, el disgusto familiar, la enfermedad, el agobio económico?

Desligados de todo lo que no sea recibir los impactos del objeto y traducirlos plásticamente, nos olvidamos incluso del tiempo. Únicamente la terminación del apunte o un dolorcillo físico en la espalda, de estar inclinado sobre el tablero, nos devuelve a la realidad total del cuarto. Y entonces caemos en la cuenta de que la modelo lleva tantos minutos sin moverse, y de que a ella también le dolerá la espalda o se le habrá dormido una pierna.

La que fue durante cuarenta minutos estatua, la que fue simple objeto inmóvil, recobra su animalidad; a veces se mueve como un reptil. Pero no se queja. Durante el breve descanso, nosotros seguimos atados o retenidos por lo que fuimos trazando en la hoja de papel. Desaparecida ya la postura de la modelo, nuestros ojos no tienen que confrontar nada, sino considerar el dibujo en sí; analizarlo; ver si tiene valor por sí mismo, si flaquea por algún lado. Seguimos con el espíritu preso por la obra.

Es posible que alguno se recobre totalmente en este descanso. Y es posible que se entregue a ciertas consideraciones de orden humano, por ejemplo:

Esta muchacha se enfrenta con cinco, seis, siete hombres. ¿Cómo nació en ella la idea de ser modelo? ¿Se sintió segura de su belleza? Hoy no revela coquetería ni entusiasmo por su oficio. Posa, lisa y llanamente, como si estuviese sola en el cuarto de baño. No parece que se ha hecho rica; su vestidito y su fondo están rozados y agujereados. Tampoco parece que le interese mucho la pulcritud. ¿Qué piensa de los que la estudian? Nunca muestra deseos de conocer las interpretaciones que hacemos de su cuerpo.

Todo hace pensar que en ella se da el mismo fenómeno que en nosotros, a saber: cierta inhibición, por considerarnos recíprocamente meros objetos y factores de trabajo; gente que deja de ser gente para convertirse en agentes. En puros hacedores de algo. Nosotros hacemos un pie, una espalda, o una figura entera en actitud desesperada; ella hace de estatua. Nosotros estamos tan separados momentáneamente de la realidad carnal de la modelo como lo está el naturalista de la hoja o del insecto que mira en el microscopio. Y ella está separada de nosotros en cuanto hombres porque se da cuenta de que miramos con otros ojos que los del recreo sensual; con miradas analíticas, duras, rapages, científicas.

No se niega con esto que entre dibujantes y modelos pueda saltar la chispa del interés carnal. Pero eso no caracteriza a la modelo ni al dibujante.

# Cometas Españoles

Por J. MORENO VILLA

De una u otra manera trabaja España en mi pensamiento cada día. Aunque no me llegasen cartas, libros o noticias verbales, por el recuerdo —que es como un firmamento— me cruzan a cada hora cometas españoles. Y si algún día se me quiere pasar en limpio porque otros asuntos y trabajos perentorios me dominan totalmente, ahí viene el periódico mexicano a remover mi conciencia con un insistente rumor marino que dice: "España... España... España... Franco".

A veces, en la pesadilla esta de once años, llego a ponerme preguntas estrafalarias, como esta: "Pero, Franco, ¿no significa oriundo de Francia? ¿No es la peseta extranjera, la peseta del francés? Y me río de pensar en el ademán o signo de mano que el pueblo esgrime con este nombre.

No soy aficionado a los juegos de palabras, como lo fueron Unamuno, Bergamín y Muñoz Seca; pero, de vez en cuando, y si vienen a pelo, no están mal. Es divertida la definición de falangista que puede ver cualquiera en el Diccionario completo de la lengua española, de Rodríguez Navas, editado por Calleja, y en su novena edición. Dice: Falangista. m. Zool. Mamífero de la familia de los falangistidos, suborden de los trepadores, orden de los marsupiales. Tiene el tamaño del gato, la figura del zorro y la gracia y viveza de la ardilla; habita en Nueva Caledonia y tierra de Van-Diemen, y vive casi exclusivamente en los árboles".

Creo que la definición no tiene desperdicio. Y conste que este diccionario de Rodríguez Navas es muy anterior al endiosamiento de Mussolini, al fascio y a nuestro mal llamado falangismo. Al antiguo soldado de falange macedónica se le llamó Phalaggital, y nosotros, por falange, hubiéramos debido decir falangita, no falangista, que sirve para designar a ese mamífero trepador.

El paso de estos cometas jocosos ha coincidido estos días con uno de gran volumen y posible trascendencia: la inclusión de España en la ayuda a Europa.

La noticia resultó un "bólide" más que un cometa. Apenas aparecido en el firmamento, con sorpresa y espanto de medio mundo, estalló, se deshizo. El desconcierto de la gente ha durado desde el martes hasta el viernes, poco más de tres días. Durante ellos he oído disparates y aciertos.

"¿Qué le conviene a España?" —Esta era la pregunta fundamental de los españoles antifranquistas.

"Económicamente, le convendrá la ayuda; pero... políticamente, no", decían algunos. Y otros, con gesto malicioso, añadían: "Ya le atraparon. Ya tienen a Franco en sus garras. Pensemos que en Europa no hay más que dos ejércitos, el ruso y el español. Ni Alemania, ni Italia, ni Francia, tienen ejércitos. Al de España le faltará poder mecánico. Pero esto se lo facilitan. En cambio, tiene buenos combatientes. España irá en vanguardia contra Rusia en la futura guerra". Y una voz agregaba: "¡Qué buena ocasión para que Franco, tirando de la petulancia de otras veces, le grite al mundo: 'No necesitamos ayuda; nos bastamos solos'".

—¿Han visto ustedes los grandes titulares de uno de los diarios? Decían ya, —¡tan pronto!— que Franco aumentará su ejército con la ayuda".

—Con ayuda o sin ella, España lleva las de perder. Es el momento de que se vaya Franco. Mientras dure su mandato, no hay arreglo posible.

—A los encizafadores y armeros les gusta y conviene otra guerra. Y los falangitas, como los nazi-fascistas, enarbolan el credo de que sólo con guerras se mantienen viriles los pueblos.

—La suprema razón de guerra hoy es el anticomunismo; ayer el antifascismo; si España bien armada pudiese un día vencer a

Rusia, caería en el error de todos los países pujantes, y, entonces, sólo entonces, brotaría de verdad el antifranquismo.

Tales son los cometas y los bólidos que desfilaron o estallaron estos días en el firmamento. Qué bueno si nuestra conciencia gozara de lo que goza él, de su impasividad. Qué bueno si nada dejase huella en nosotros. Qué bueno, y qué malo. Dejaríamos de ser hombres.

—Y ¿qué? —me grita una voz. ¿No están ellos, la tierra y el cielo, más tranquilos que nosotros?

—Algún día estaremos tranquilos; ¡descuida! —le respondo.

# LA SOMBRA Y EL ALMA

Por J. MORENO VILLA

11 abril 48

Ya quema el sol demasiado; busquemos la sombra. Para estar a gusto y para que nos diga algo. ¿No estáis convencidos de que casi todas las cosas dicen algo, a su manera?

No busquemos la sombra del nogal; ya sabéis aquello: "A la sombra del nogal, no te sientes a descansar". Tampoco nos conviene la de la higuera: "A la sombra de la higuera, ni te sientes ni te duermas".

Acogido a la sombra de una pared cubierta de alegres jazmines, he lanzado como sondeo inicial de meditación esta pregunta: ¿Qué significa la sombra para el hombre andaluz cuando dice: "Fulano es un mala sombra", "Maldita sea tu sombra", "No quiero ver ni tu sombra", "¡Qué buena sombra tienes!"?

Vayamos considerando estas expresiones una por una. "Fulano es un mala sombra". ¿Cómo se entiende esto? Todos sabemos a lo que equivale, pero sospecho que pocos han pensado en la formación de tal frase. Y, a poco que se medite, se ve que al fulano ese se le atribuye el mismo poder maléfico que al nogal o a la higuera. Es decir, que proyecta como una sombra nociva sobre uno.

Pero lo que ese Fulano proyecta no es en realidad su sombra. ¿Qué cosa será? Su alma. Su alma que es pesada y nociva como la sombra del nogal.

Veamos el segundo ejemplo: "Maldita sea tu sombra". ¿Por qué su sombra, y no él. Porque su sombra es su alma. Y lo que se desea en esa terrible exclamación es que su alma se condene, por malvada, por indigna de un hombre.

Pasemos al tercer caso: "No quiero ver ni tu sombra". Como ya tenemos la clave, como ya sabemos que sombra equivale a alma, sabemos que quien tal cosa dice desea no ver a otro en forma alguna, ni en cuerpo ni en alma.

Y lo mismo nos ocurrirá con el último caso: "¡Qué buena sombra tienes!", aunque nos pueda despistar un poco el ver convertida en algo loable la sombra. Y es que ésta, como el alma, puede estar dotada de gracia o de maleficio, de fuerza maléfica. Por eso, para la mayoría del vulgo, "buena sombra" equivale a gracia, y "mala sombra" a desgracia.

El andaluz tiene en la boca constantemente estas dos alusiones a la sombra de sus conciudadanos; pero no sabe que utiliza significados antiquísimos. Significados que están vivos aún en ciertos pueblos salvajes o en estados muy primitivos. Tales pueblos creen que la sombra del hombre es su alma, o parte vital de ella y, por consiguiente, tan en peligro como su ser. Que si la sombra se quiebra o es golpeada, el hombre sentirá los efectos.

En China, los asistentes a un entierro se apartan convenientemente de la fosa en el momento de bajar la caja, para evitar que sus sombras caigan también al hoyo. Y los que por oficio tienen que acercarse, se colocan de modo que no les dé el sol.

Cuentan los manguianos (naturales de Mindoro, Islas Filipinas), que la fuerza del poderoso guerrero Tukaitawa crecía o disminuía a tenor del aumento o disminución de su sombra. En las mañanas y en las tardes alcanzaba su máximo, pero en la hora meridiana era casi nula. Y no se le pudo vencer y matar hasta que un héroe descubrió este secreto.

En la Grecia moderna, para asegurar la solidez de un edificio nuevo, sacrifican un animal sobre la primera piedra de los cimientos; pero, a veces, sustituyen este sacrificio: el constructor hace que se llegue un hombre al lugar de la fundación, mide secretamente su sombra, y entierra la medida bajo la piedra fundamental. Otras veces, coloca la piedra sobre la sombra que proyecta ese hombre. Y se cree que el tal ha de morir en el año.

Sombra enterrada es alma perdida; así puede resumirse la creencia de estos seres primitivos. La sombra o alma del hombre asegura la estabilidad de los edificios en formación; le costará la vida al hombre que la proyecta o da, pero beneficia a los conciudadanos. Y entre ellos hay negociantes en sombras, es decir, individuos que proporcionan a los arquitectos sombras o medidas de sombras para la solidez de las obras.

El pueblo andaluz ha salido, hace muchos siglos, del primitivismo; por eso no sabe ya lo que significa en el fondo esa "sombra" de que tanto habla. En los andaluces queda como un vestigio del pasado. La antigua superstición queda reducida a que unos hombres proyectan gracia, y otros desgracia.

# ASI SE USABA

Por J. MORENO VILLA

Con desdén mira los archivos una gran mayoría de personas; especialmente los llamados hombres de acción. El primer dictador español de nuestra época, Miguel Primo de Rivera, los miraba así. Don Alfonso XIII no penetró jamás en el de su Palacio. Para la gente, en general, son antros sucios e inútiles. No se detiene casi nadie a considerar que en esos lugares quedan los testimonios más conmovedores de la vacilación, de la tribulación y de los cambios que sufre el ser humano.

De mis años en el Archivo del Palacio Real o Nacional de Madrid conservo copia de un documento, nada raro para un investigador, pero muy evocativo para toda persona sensible. Así lo creo. Corresponde a la Sección Jurídica. Dice: "VENTA DE UNA

ESCLAVA a favor de Doña Catalina Bernarda de Bonilla. 14 de Abril de 1673. Ante el Escribano Picazo. Libro de 1673 a 1674.

Vende D. Baltasar Gozávez, vecino de Alicante, mediante poder dado a Alonso Marcos, carretero y vecino de la misma.

El traslado del dicho poder concuerda con el original, y de él usando, otorgo que, en nombre del dicho D. Baltasar Gozávez, vendo a Doña Catalina Bernarda de Bonilla, vecina de esta Corte, una esclava turca, propia del susodicho, llamada Ana María de edad de 17 años, poco más o menos, que tiene señal de hierro en la barbilla y frente; su color, membrilo cocho; y en nombre del dicho D. Baltasar Gozávez se la vendo a la dicha Doña Catalina Bernarda de Bonilla por sana de gota coral — (así llamaban a la epilepsia) — y mal de corazón; y que no es ladrona, borracha ni fugitiva, ni tiene otra tacha, vicio ni enfermedad encubierta; por precio y cuantía de 225 reales de a ocho en oro, que por dicha esclava la dicha Doña Catalina me ha dado y pagado, y yo de la susodicha en el dicho nombre he recibido en la dicha moneda". (Suprimo formulismos y sigo copiando): "Y en caso que ahora, o en algún tiempo, más valga o valer pueda de la cantidad de

los dichos 225 reales de a ocho en oro... hago gracia y donación a la dicha Doña Catalina"... "Y todo ello lo cedo, renuncio y traspaso en la dicha Doña Catalina como tal compradora para que sea suya propia y la pueda vender, enagenar y hacer de ella lo que quisiere, como de cosa suya propia, adquirida y comprada con su propio dinero".

Vea el lector. Así se usaba; así éramos. Pero juzgue debidamente. Lo que hoy nos parece increíble era lo normal entonces. Juzgue lo que hemos cambiado, lo que hemos ganado en filantropía, en sentido humano. Piense en la honda y tenaz lucha del hombre por salir de lo que hay en él de impió, de feroz.

Lo que arriba he subrayado subleva al leerlo sin miramiento. La pobre esclava tenía como las reses, como los toros y los animales de plara, sus marcas de hierro, hechas a fuego, en la barbilla y en la frente. Igual que a las bestias, se la vendía después de reconocer su perfecto estado de salud. Se prevé el caso de que su valor mercantil pueda variar. Y se advierte que la compradora puede revenderla por ser cosa suya propia, adquirida con su dinero.

Cosa suya, enajenable: Una

niña de 17 años es una cosa, ha sido una cosa. Cuesta trabajo creerlo. Pero ahí en el Archivo está: en los archivos pueden irse conservando todas nuestras mutaciones y los motivos que nos obligan a cambiar.

No podemos ufanarnos todavía de casi nada. A veces se pierde lo conquistado. Las ganancias del hombre no van en línea recta, no son consecutivas. Las fuerzas contrarias a las ganancias positivas siguen presentes; están en nosotros mismos y salen a flor de sociedad cuando se ha roto el equilibrio. Estamos atravesando por uno de estos periodos de total desajuste. Cuando nuestros nietos lean en los archivos nuestros papeles, se quedarán tan extrañados como nosotros ante el copiado.

Al cabo de casi tres siglos, esta maquineta de escribir está refiriendo mis impresiones ante el caso de la humilde niña turca. Dentro de unos siglos, alguna otra máquina insospechada evocará nuestros casos. Y dirá: Así se usaba.

27 junio 48

# EDWARD JAMES

Por J. MORENO VILLA

París, la guerra civil española, México, un inglés. El inglés se llama Edward James. Ha estado estos días en México y volverá dentro de poco. Es multimillonario y algo "lucas", como se dice por estas latitudes. Tal vez sería más correcto calificarle de genial por las ocurrencias extraordinarias que tiene. Voy a referir una.

Estando en París, a principio de la guerra peninsular que no acaba, se acercó James a un elemento de la Embajada española y le dijo: "Estoy dispuesto a comprar y poner a la disposición de la República una pista de aterrizaje y despegue en Checoslovaquia, más dos bombarderos nuevos, de los mejores que se fabriquen en los Estados Unidos, si el Gobierno republicano me presta por tres meses "El Entierro del Conde de Orgáz", el cuadro más representativo de El Greco, y me permite exhibirlo en Londres y en Viena. Haga usted el favor de transmitir esto al Embajador".

Esta idea, tan extravagante y osada como tentadora, me la comunica la misma persona que la llevó al representante de España en París. Se trata pues de algo absolutamente verídico. Como anécdota me parece que sobrepasa a las corrientes. Encierra un hecho que pudo tener consecuencias trascendentales; y que desde luego presentó a nuestros gobernantes un caso de conciencia.

Araquistain y Alvarez del Vayo, después de pasar el pro y el contra de la oferta, decidieron que no podían aceptarla. El mi-

llionario se quedó sin su capricho, pero nosotros nos quedamos sin una ayuda que pudo en aquellos primeros meses del año 37 ser muy importante. No creo que decisiva, porque Franco contaba con la de dos potencias cargadas de armamentos y deseosas de ensayarlos en nuestras carnes antes de meterse en el gran lío que las redujo a la nada.

Desde entonces acá han pasado once años y hemos visto muchas cosas. No estamos tan inocentes como entonces. Las atrocidades, asolamientos y destrozos de obras de arte no nos sorprenden ya. Pero, entonces, —y nosotros especialmente— los teníamos por supremos atentados a la cultura.

Sin conocer los términos de la plática privada entre Araquistain y Alvarez del Vallo, cabe pensar que rechazaron el ofrecimiento ante la polvareda mundial que levantaría su aceptación. El mundo —ese mundo que luego ha demostrado cómo es— volcaría sobre los gobernantes republicanos los mayores insultos y anatemas, eliminando ya para siempre toda esperanza de ayuda.

No voy a juzgarlos ni a censurarlos. Me pongo en la situación de ellos. Pero de dos modos: con la conciencia de ayer y con la conciencia de hoy. Con la de ayer, hubiera decidido lo mismo; con la de hoy, hubiera declinado mi cargo y hubiera pedido al jefe del gobierno que me sustituyera un militar, un hombre que durante la guerra no mire a un lado y a otro, si-

no a la única meta admisible: la victoria.

Soy hombre de educación universitaria y defensor de las bellas artes por muchos años; no quisiera encontrarme ante un dilema como el presentado por Edward James; pero si hoy tuviese que pechar con él, me plantearía el caso de conciencia de este modo: ¿qué pesa más, un Greco, el mejor de todos los Grecos, o la salvación de mi gente y de mi causa? —Y sacrificaría el Greco.

¿No han obrado así los demás" después? ¿No sacrificó a Guer-

nica el insurrecto Franco? ¿No sacrificó este mismo los maravillosos artesanados de oro del Palacio del Infantado en Guadalajara? ¿No sacrificaron a Montecasino los aliados?

Como puede ver el lector, la anécdota de Edward James tiene miga.

Conozco otras genialidades de este personaje relacionadas con lo español, aunque de menos trascendencia. Gastó veinticinco mil dólares para instalar las obras del pintor Dalí en la Feria de Nueva York el año 1939. Y al mismo pintor le ayudó comprándole su producción total durante dos años. Generosidad esta muy mal empleada, por recaer sobre un sujeto desentrañado y repulsivo; un sujeto que, habiéndole pedido colaboración gráfica su paisano señor Gual para unas hojas de arte, le respondió: "No colaboro con los vencidos".

Edward James ha podido comprobar recientemente cómo es Dalí. Desde los Angeles, en uno de sus viajes, le avisó al pintor que deseaba verle, que salía pa-

ra su fastuosa finca cierta mañana. La residencia quedaba lejos; llegó a las diez; se anunció al solemne portero que le abrió la reja del jardín, y, des-

pués de esperar un rato, obtuvo por toda respuesta: "El señor James será recibido por el señor Dalí a las cuatro de la tarde".